REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica **1934** Sábado 9 de Junio — Núm. 22

Año XV. No. 686

SUMARIO

Salarrué

Por *ADOLFO ORTEGA DIAZ*

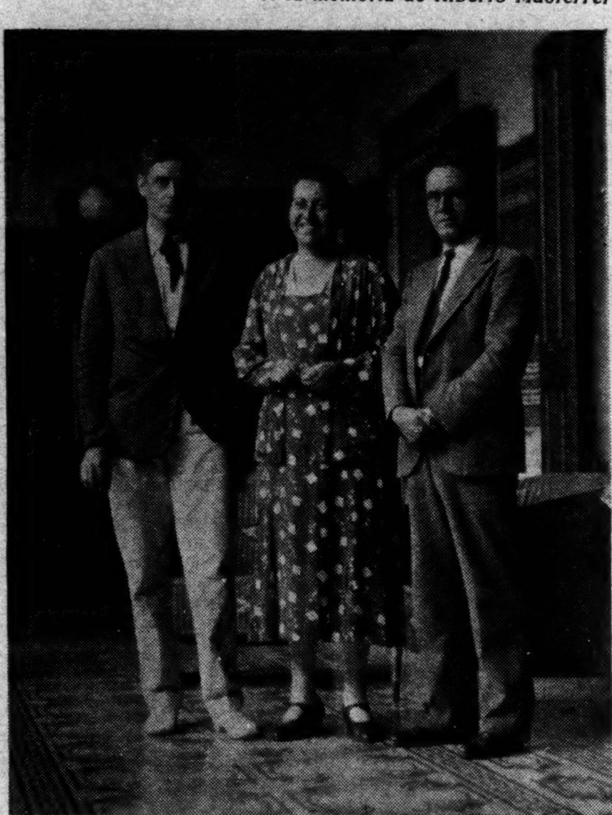
= *Colaboración*. San José, Costa Rica, mayo de 1934 =

A la memoria de *Alberto Masferrer*

La Costa del Bálsamo es el nombre antiguo de la tierra que corre desde la península de Cosigüina, dando vuelta a la herradura del Golfo de Fonseca, sobre el Pacífico hasta la frontera Sur de Guatemala. Los conquistadores españoles la llamaron así porque allí levanta su magnífica arquitectura gótica el árbol de bálsamo. Quién sabe qué talas despiadadas tuvieron lugar en aquellos tiempos en algunas regiones. Lo cierto es que en el Departamento de Chinandega, en Nicaragua, apenas quedan unos pocos árboles. Pero, en cambio, en lo que es hoy la república de El Salvador, el árbol sigue poblando el país. Por eso la actual Costa del Bálsamo se reduce a la costa salvadoreña. Hay que hacer notar que se trata del bálsamo de El Salvador, que otras clases de bálsamo las hay en todos estos países.

Los conquistadores españoles tuvieron en secreto la fuente de donde extraían tan preciosa resina; y las cargas eran despachadas al Perú, de donde las remitían a España. Así fué cómo el maravilloso producto salvadoreño se conoció siempre, y aun se sigue conociendo, con el nombre de "bálsamo del Perú".

Para hablar de Salarrué, es necesario hablar antes del bálsamo. Jamás hubo similitud más grande que la que existe entre este árbol y este hombre. Son el producto de un mismo suelo, el temperamento de un mismo clima, la psicología de un mismo ambiente. Porque si hay un árbol que tenga alma, ese árbol es el bálsamo. Y si hay un hombre pura alma, ese hombre es Salarrué. Bello de toda belleza es el bálsamo y a su alrededor se respira belleza: su aliento es más grato al alma que a los sentidos: hay una sensación de consuelo bajo la sombra de un boscaje de bálsamo. Para sacarle la resina, lo cubren de heridas, y, siempre en actitud sangrante, esparce su perfume piadoso a larga distancia. Quien haya estado frente a un bálsamo habrá sabido lo que es la verdadera sensación del consuelo, de la piedad y de la caridad. Es un árbol que sólo sabe dar. Es un árbol místico, sin ramas horizontales, pues todas tienden hacia arriba, ¡excelsior!, en actitud de constante imploración. Es



De izquierda a derecha: *Salarrué, Gabriela Mistral* y *Adolfo Ortega Díaz*

alto, de escasas hojas, y recia y magra musculatura. ¿En qué leyenda indígena habrá un asceta, un Cristo sangrante, que de tanto implorar con los brazos tendidos a la altura se convirtió en árbol?... No puede ser otro el origen del bálsamo. ¿Verdad, Gabriela Mistral, que esa fué la impresión que te callabas aquella mañana en San Salvador, cuando con Salarrué y Guerra Trigueros fuimos a que conocieras el bálsamo, y muda de emoción frente a aquel árbol, y como metida en un sueño celeste dentro de aquella fragancia única, apenas tuviste palabras para pedir que le arrancáramos un pedazo de corteza para llevártelo a Europa? ¿Recuerdas que te hice ver, y tú la encontraste al momento, la afinidad tremenda que había entre aquel árbol y Salarrué?

Bálsamo de El Salvador es también Salarrué. El más alto vástago de la Costa del Bálsamo. Bálsamo hecho hombre. Bello de toda belleza y alto de toda altura. Acercársele es sentirse embriagado de la más grata de las resinas espirituales. Poseído de un misticismo trascendental, ha sabido labrarse una vida interior preciosa. Sobre la fronda armoniosa de este bálsamo hecho hombre, ha pasado el soplo del Oriente místico y profundo, sabio como los siglos, dejando enredadas, como hilachas de Sol, sus emociones de claridad matinal: transparencia, frescura y canción. Es un hombre que sólo sabe dar. Ha hecho del arte su verdadera religión, su vida. La Belleza es su único fin. Si pinta —es un gran pintor—, es para dignificar la vida. Si escribe — es un maestro—, es para dulcificarla. Vive la vida de los sueños, y camina con los pies sobre el barro, pero con la frente metida en las estrellas. Pobre y puro, se mueve dentro de la más estricta renunciación. Y esa es su alegría, una alegría luminosa que tiene mucho de aquel Amanecer de la Umbría. Como su árbol hermano, las heridas que le asestan sólo son motivo para que mane la preciosa resina.

Su locura es el paisaje. Si el claro Lirio de Asís tenía la dulce locura de la Cruz, el grato Bálsamo de Cuscatlán tiene la suave locura del paisaje. Aun en las creaciones más raras de su poderosísima imaginación, como son los lindos cuentos de su libro "O-Yarkandal", lo que más se destaca es el paisaje dentro del cual se desarrollan. Y para esto posee un lenguaje aparte, estrictamente suyo: habla por imágenes, y las palabras tienen una equivalencia precisa. Pierde su tiempo quien trate de encontrar un fermento revolucionario en las producciones de Salarrué. El no es un revolucionario. No cree en violentar la vida. Sus obras son hijas de su silencio netamente contemplativo. Para él el único buen revolucionario es Gandhi. Por eso, si alguna trascendencia hay en sus obras, esa trascendencia es puramente religiosa, mística. Más bien un sentido oculto. Cuando en aquellos primeros días de 1932 que precedieron al pavoroso viaje de Caín por los campos y ciudades de El Salvador, cierto sector necio dió en instarlo para que declarara

su filiación política, él contestó estas líneas, que lo retratan:

"Yo no tengo patria, yo no sé lo que es patria. ¿A qué llamáis patria, vosotros los hombres entendidos por prácticos? Sé que entendéis por patria, un conjunto de leyes, una maquinaria de administración, un parche en un mapa de colores chillones. Vosotros los prácticos llamáis a eso patria. Yo el iluso no tengo patria, pero tengo terruño (de tierra, cosa palpable). No tengo El Salvador (catorce secciones en papel satinado); tengo Cuscatlán, una región del mundo y no una nación (cosa vaga). Yo amo a Cuscatlán. Mientras vosotros habláis de la Constitución, yo canto a la tierra y a la raza: la tierra que se esponja y fructifica y la raza de soñadores creadores que sin discutir labran el suelo, modelan la tinaja, tejen el **perraje** y abren el camino. Raza de artistas como yo: artista quiere decir hacedor, creador, modelador de formas (cosa práctica) y también comprendedor. La mayor parte de vosotros se dedica en su patriotismo a pelearse por si tienen o no derecho, por si es o no constitucional, por si será Fulano o Zutano, por si conviene un ismo u otro a la prosperidad de la nación. La prosperidad para vosotros es tenerlo todo, menos la tierra en su sentido maternal. Capitalistas embrutecidos, perezosos y bribones, muestran sus caras abotagadas y crueles a no menos crueles comunistas pedigüeños, sórdidos y rapaces. Mientras estos dos bandos en todos sus grados de intensidad se gruñen unos a otros, nosotros los soñadores no pedimos nada, porque todo lo tenemos. Ellos se arrebatan las cáscaras y nos dejan la pulpa. "El pan es mío, todo mío, dejadme vender el pan", gritan unos. "No", dicen los otros: "Tenemos hambre y el pan es nuestro, porque la tierra es nuestra"... Mientras nosotros los soñadores, sin que nadie se oponga, hacemos crecer la espiga embelleciendo el paisaje, gozamos la música del maizal que sonríe en la brisa, recogemos cantando la mazorca y dejamos el comerla a tarascadas a los puercos. El cafetalero es un pedante que habla del **mercado,** de la **baja,** del **alza,** cuenta **pisto** agachado sober las mesas, husmea costales, y no ha estado nunca tirado al fondo de un cafetal, en el misterio de las noches de luna; no nota la belleza del grano sangriento cuando resbala entre los dedos de las cortadoras cantarinas, ni conoce el aroma y la leyenda de la flor del cafeto. El azucarero no ha oído nunca el susurro consolador de los cañaverales, ni ha visto mecerse el **chipuste** en marejadas armoniosas. Todos ellos giran al rededor de una sola cosa: el dinero. Unos quieren ganar el quinientos por ciento y otros quieren que se les suban sus salarios. El comunista usa un botón rojo y habla de degollar; llama justicia al buen pan y el buen vino bien compartidos, y no ha sabido nunca del saber dar al que todo lo tiene, que es quien nada tiene. El indio del arado y la **cuma,** que hace el paisaje agrario bajo el sol crudo, está satisfecho de hacer vivir con sus manos toscas y renegridas, manos de dios, a un pueblo entero que se entrega a una locura llamada política, que no sólo es infructuosa, sino dañina. Este indio vive la tierra, es la tierra y no habla nunca de patriotismo. Ni teme al extranjero, que nada puede quitarle de lo de él, a menos de quitarle la existencia. Yo que paso en la tierra del ensueño, según vosotros, yo estoy más en el corazón de la tierra, arraigado de verdad, con raíces abajo y queriendo florear por arriba. Si la tierra de Cuscatlán se alzara un día personificada llamando a sus hijos, a mí de los primeros me reconocería, y no a los políticos y a los istas de esa cosa llamada patria. ¡Qué diera yo por traeros a esta mi tierra! Ya los pocos que había conmigo, se han marchado. Me encuentro casi, casi solo: solo con el indio contemplativo y la mujer soñadora. Apenas me acompaña un Mejía Vides que quiere irse al Estero a pintar".

De eso hace ya más de dos años. Y todavía lo acompaña Mejía Vides, ese otro soñador de Cuscatlán. Lo se porque así me lo dice un precioso tomo que acabo de recibir, esperado hace mucho tiempo, que viene ilustrado con estupendas viñetas grabadas en madera y linóleo, de Mejía Vides. Es el último libro de Salarrué, definitivo, genial: "Cuentos de Barro". La nueva literatura centroamericana ya tiene algo de qué enorgullecerse. Así como cada **canzone** de la Comedia contiene treinta y tres cantos, este gran libro trae treinta y tres cuentos. Y no es esto mera obra del azar: estoy seguro, pues conozco al autor, de que el mismo sentido teológico o esotérico de Dante, lo ha guiado. Faltan aquí varios cuentos de barro que yo conozco, como "Curada" y "Matapalo". Pero Salarrué no podía romper su cifra cabalística, y seguramente espera que la próxima cosecha ajuste otros treinta y tres cuentos para una segunda serie. Tal es el hombre.

Yo he asistido al nacimiento de algunos de estos cuentos y desde el primer momento los admiré y los fuí enviando para su publicación al **Repertorio Americano.** Recuerdo que en un viaje que hice con Guerra Trigueros y familia acompañando a Gabriela Mistral por varias ciudades de El Salvador, la entretuvimos en las horas de tren haciéndola leer estos cuentos. Le encantaron. La entusiasmaron, a tal extremo, que ella misma seleccionó algunos para enviarlos, junto con un pequeño juicio sobre el autor, al **Repertorio.** "Mire usted", me dijo la gran poetisa pasándome "La Brasa", diminuto y profundo cuento de barro, "mire usted qué bello: si allí está toda la magia de la cordillera!"

Y no solamente toda la magia de la cordillera está en "La Brasa": está también toda la psicología de Salarrué. Para él el silencio es más elemento que el agua o el fuego. Aquel Pablo Melara, poseído por la cumbre, que "tenía un perro mudo y una gran tristeza", mudo él mismo frente a la inmensidad del cielo, tercamente pensativo ("¡Me atracaba un pensar y un pensar!..."), ese es Salarrué frente a la vida, frente al paisaje. Nadie ha puesto los pies con más cariño sobre la tierra que pisa, ni nadie se le ha acercado con más ternura al indio del campo que él. Así ha podido captar cada cuadro, metiendo las manos de dios en el puro barro del amable país de Cuscatlán, "como el alfarero de Ilobasco que modela sus muñecos de barro", para devolvérnoslos vivos y espléndidos en estos cuentos. Aquí está toda la vida y toda el alma del paisaje y del indio, de aquel indio salvadoreño, laboriosísimo, artista y soñador, como quizá no lo haya en ninguna otra región de América: aquel indio de la Costa del Bálsamo, que también tiene mucho en su alma de la generosidad del árbol místico, como que ha convivido con él desde las raíces de la raza.

Toda la vida y toda el alma del paisaje y del indio, en imágenes únicas: "...desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el **guas** ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, puya el silencio con sus gritos destemplados" ("La Botija"); "Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, recibíalo contra su pestífero pecho, duro como un **tapexco;** y rodeándolo con

ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara **añudada** de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano" ("Semos Malos"); "El cadáver de la noche, que había quedado recostado en la puerta, se derrumbó hacia afuera. Los sapos venían saltando como piedras vivas" ("La Casa Embrujada"); "Por efectos del silencio, del agua, de la luz, del cielo bajero, el mundo todo parecía palpitar, cabecear como un barco en marcha. En fraterno silencio los indios cruzaban el agua, como si volaran entre dos cielos" ("De Pesca"); "Su mano gris, agarrada del badajo, se puso a tirar sobre el pueblo dormido, grandes anillos sonoros, que caían ondulando, ondulando, abriéndose, abriéndose... hasta llegar a la orilla del cielo, donde despuntaban ligeros clarores" ("El Sacristán"); "El indio, que vivía solo allí, descolgó la guitarra, como quien apecha la tristeza sin temor; y **liayudó** al cielo a **dir** pariendo estrellas en la tarde. Los toros tardíos, cabeceando y mugiendo, como si empujaran un trueno" ("La Brusquita"); "Las dos enormes ceibas se lanzaban en la oscuridad, como un solo cuágulo de noche. Las estrellas, encorraladas ya, rumiaban orito" ("El Entierro"). Hay que ver con qué maestría la mano de Salarrué pone deslumbrantes brochazos de oro y leves pinceladas de orito. Así también en "De Pesca" dice: "La luna, marchita ya, se arrinconaba en la montaña. Las ondas de la vaciante **traiban** orito en la punta". Del mismo modo usa el agua y el agüita. ¿Quién ha descrito una rendija de de los Andes como Salarrué en "La Chichera"?: "La barranca del Berrido era sumida **hasteldiablo,** y pasaba todo el día de tarde. Aquella palazón en la oscurana **taba** siempre sin viento, quedita, oyendo, como si jugara de **escondelero** con el sol... Estaban en el fondo de la barranca. La **chorrentera** interminable les había tapado las bocas con una mano terca, de ruido. Un remolino, **projundo** como el **umbligo** del diablo, caminaba por lo largo de la poza hasta meterse en las cuevas del **paredón,** para salir otra vez, como debajo **diagua,** en el mismo lugar. Con un bramido de perolón, que lleva por dentro gritos de **cipotes,** risas de vieja, serruchos y martillos, trenes, **lloridos** y **uyasón** de **chuchos,** la chorrera **caiba dende bien alto,** en gradas de vidrio, hasta lo más encuevado de la poza. Llovía **eterno** sobre las grandes hojas de los **quequeishques** y sobre el **talpetatal** picado de viruela, **onde** cada juraco era un espejito **diacuís.** Los raizales formaban **tramazones** debajo de las cuales el agua **aletiaba** como **murciégalo** moribundo. Arriba el cielo mostraba su reventadura de **caimito** dulzón, en la cual pringaba ya la primera estrella como semilla brillosa. La **humedá** y la **sombra** subían en llamas negras hasta muy alto, **lambiendo** los muros del cañón y ahumando los charrales en lo alto del **precepicio.** Ya casi no se **veiya.** La última **clarencia** de la tarde **bía** ido diluyendo en la tinta del **sombrial** espeso; y apenas una moradez de arena quedaba, como cuando queda azúcar en el **jondo** del café". Ciertas palabras del pueblo las recoge entre sus manos, las examina, las **descubre** luminosas, cromoplenas, musicales, bellas, y allí las tiene dándoles vuelta hasta que su ojo de artista encuentra un punto en el decorado en donde su mano maestra las incrusta a maravilla. Tal como los arquitectos y los decoradores de hoy sacaron de la línea y del adorno de las ruinas mayas un motivo para crear un arte nuevo, así este animador repuja sus joyas con el oro en bruto encontrado en el lenguaje popular. Y, así, **clarencia, sombrial, chorrentera** y otras muchas palabras cantarinas con que se va tropezando aquí y allá a lo largo de sus cuentos, usadas con verdadero acierto, afirman el triunfo de este inmenso artista. Otras veces, cuando no tiene a mano estos recursos que le da la lengua del pueblo, él mismo inventa preciosos términos, como **girámbulas, tornasombras azules** y otras que engarza por ahí.

Los hay tristes y terribles, como "La Petaca", "El Viento"... Trágicos, como "De Pesca", "Semos Malos", "Hasta el Cacho"... Candorosos y llenos de profunda psicología, como "El Circo", "El Negro", "El Maishtro"... Irónicos y festivos, como "El Sacristán", "Noche Buena", "La Respuesta"... Trágicos e irónicos a la vez, como "De Caza". Hondos e inquietantes, como "La Brasa". En "El Mistiricuco" está toda la resignación fatalista de la raza de barro. Otros contienen la fascinación, el hechizo, la brujería de los rústicos encantamientos indios. Leyendo "Curada"—que no está en este libro—se comprende el poder de la palabrería sin sentido de esa jerigonza que las brujas del campo usan, y que son exorcismos irresistibles para las sencillas gentes de barro. Leyendo "El Brujo", puede verse que en medio de la trama rústica de los preparados del indio malo, hay hilos que vienen de un esoterismo lejano, pero cierto y poderoso. Salarrué sabe esto, y lo consigna con intención precisa.

Y luego los diálogos. Perfectos. Aquí el artista le da tal vida al lenguaje del pueblo, que la ilusión es completa. Y así como toma e incrusta las palabras bellas para darle resplandor al cuadro, así mete en los diálogos, con la misma mano maestra, las palabrotas negras, afirmativas de la sombra. Algunos le critican el abuso de términos populares fuera de los diálogos. Pero es que no saben—él me lo ha dicho—que cuando Salarrué escribe sus cuentos de barro **piensa** en esa lengua, se siente en medio de sus indios y así le van saliendo sus producciones. ¿Para qué corregir lo que tan espontáneamente ha salido?

Muchas veces, en estas horas de vergüenza y desaliento que vivimos los centroamericanos; en medio de este diluvio de oprobio en que los "personajes" de "mando" son asquerosos muñecos sangrientos, me he preguntado qué podremos poner en el arca para que se salve y nos salve ante los ojos del futuro. Y aquí está la respuesta en este libro genial, que ha de flotar resplandeciente, como un lucero en el fondo de un pantano negro, o como un poco de bálsamo sobre una gran llaga **jedionda.**

INDICE



DOCE LIBROS COLOMBIANOS:

Cuatro cuentos de Salarrué

= Sacados de *Cuentos de Barro*.—San Salvador, Cuscatlán, A. C. 1934 =

DE PESCA

Eran allá como las tres de la madrugada. La luna, de llena, **lambía** las sombras prietas en los montarrascales y en los manglares dormilones. El estero, lagunoso en su calma, era como un pedazo de espejo del día; del día ya roto. La playa lechosa, de cascajo crema, se dejaba espulgar por las suaves ondas espumíferas, que la brisa devanaba sin prisa. La isla, al otro lado del agua, se alargaba como una nube negra que flotara en aquel cielo diáfano, mitad cielo, mitad estero. Las estrellas pintaban en ambos cielos. El mar, a lo lejos, roncaba adormilado por la frescura del aire y la claridad del mundo. Un cordón de aves blancas pasó, silencioso y ondulante como una culebra de luna.

De la mediagua oscura, salió a la playa un indio. Llevaba desnudo el torso, los calzones arremangados sobre las rodillas; se desperezaba, como queriendo echar al suelo el fardo del sueño. La arena, al ser hollada por los anchos pies descalzos, mascaba el silencio. Miró las estrellas con los ojos fruncidos. Se espantó los mosquitos, miró el agua platera y regresó al rancho.

—Son ya mero las tres, vos... ¿Nos vamos?

Una especie de aullido de pereza le contestó. Luego, la voz **atecomatada** del compañero respondió:

—Ai veya, mano...

—Amonóos...

Los indios, hurgando en la sombra del caedizo, escogieron los utensilios y fueron trasladándose al bote. El bote dormía, encallado, mitad en el agua, mitad en la arena. Un **chucho** prieto iba y venía husmeando el viaje. Por efectos del silencio del agua, de la luz, del cielo bajero, el mundo todo parecía palpitar, cabecear como un barco en marcha. Los **cocuyos, despenicados** en la inmensidad, arrullaban la cuna de la noche con su triste "oíeo, oíeo, oíeo", que sonaba intermitente, cómo la paletada blanda del remo que va, va, va... sin prisa y sin ruido.

—Ya va ser parada diagua, vos.

—Ya paró, mano.

—¡Aligere, pué!...

Desplegaron el bote a empujones y pujidos. El bote coleó, libre, **descantillándose tantito** y revolviendo la plata de la luna en desparpajos. Hundidos hasta las piernas, aún empujaron. Luego se metieron dentro y se dejaron llevar por el **tranquil** del agua parada. Era el cambio de marea; las corrientes que entraban al estero, fatigadas de ir buscando mundo, descansaban un momento, antes de regresar al mar abierto. Entonces el **peje** abismado venía arriba, flordeaguando, y buscaba la calma de las ramazones y de los bancos. Ligeros colazos de zafiro indicaban ya el **punto** del agua. Las sombras rojizas de los **parvos** pasaban, esquivando el peligro, avisados por el lánguido paleteo del **canalete.**

En fraterno silencio los indios cruzaban el agua, como si volaran entre dos cielos. En la proa, ávida de espacio, el uno empujaba con la pértiga negra y larga que subía y bajaba rítmicamente, sincronizando con el manosear del **canalete,** que el otro indio manejaba en la popa, acurrucado y friolento. En el centro del bote el **chucho,** sentado, miraba timidamente los cacharros del cebo.

—¡Qué friyo, vos!...

—¡Ajú!...

—¿Vamos al ramazal de la bocana?

—Como quiera, mano.

Los ramazales emergían del agua purísima como inmensas arañas negras. Dos, tres, cuatro..., quedaban atrás. Al pasar rondando un tronco, el raizal **projundo barzonió** el bote, afligiéndolo. Con hábil punteo, salieron del paso.

—¡No se arrime mucho, mano!

Torcieron hacia el sur; a poca distancia del ramazal, echaron el **fondo** y quedaron inmóviles. Poco tiempo después arrojaban los anzuelos. Con rápido ademán los lanzaban al aire. La pita hacía una larga parábola, y el plomo se hundía allá, con un ligero: "chukuz". Luego el cordel se quedaba ondulando encima y poco a poco se abismaba. Quedaban a la espectativa. Habían encendido los puros y **jumaban,** acurrucados.

—¿Pican, mano?

—No quieren picar.

—Ya me punteyan, vos.

—¿Eh...?

—Es bagre, de juro. Estos chingados sián de ber llevado la chimbera.

La **chimbera** era el cebo. El indio sacó el anzuelo, de jalón en jalón. Por fin sobreaguó el plomo negruzco. Se habían llevado el bocado.

—¿Lo vido? Son esos babosos bagres, vos.

—Si quiere nos hacemos al lado de laisla.

Iba a sacar su cordel, cuando un fuerte tirón, que ladeó el bote, les advirtió de una presa mayor.

—¡Jale, mano; debe ser "mero"!

El indio tiró con todas sus fuerzas.

—¡Ya mero revienta este jodido!

Llegó el otro a ayudarle. Tiraron penosamente. El bote cimbraba, **voltión.** En la cola de un espumarajo surgió de pronto una sombra enorme, que arrollaba la linfa con ímpetus de marejada. La luz nerviosa le mordía en redor.

—¡A la ronca, mano, es tiburón!

—¡Y del fiero, vos!

—¿Lo encaramamos?

—¡Déjalo dir, chero, nos puede joder al chucho!

—¿Guá perder mi anzuelo?...

—¿Qué siarremedia?

Un coletazo formidable hizo crujir el bote. El **chucho** buscaba fijo, abriendo las cuatro patas y hundiendo la cola. Soltaron. Se **apercoyaron** a las bordas y trataron de nivelar. Un segundo coletazo ladeó el bote. Dos sombras escantes atacaban con furia.

—¡Levante el fondo ligero!

—¡Aguárdese!

Un tercer coletazo echó de bruces al indio que tiraba del **fondo.** La caída hizo volcarse al bote; hubo un griterío salvaje; las colas golpeaban en la cáscara del bote como en un tambor. Grandes rosas de espuma se fugaban en círculos, empurpurando la plata mansa. Despues, todo quedó quieto.

Agrupados en la orilla, los moradorese del valle escrutaban la noche. Los gritos habían levantado a las gentes. La **ña** Gerónima, gorda y grasienta, con su delantal de cuadros azules, comentaba temblorosa.

—¡Avemaríapurísima!...

Los viejos de quijada de plomo cabeceaban, como diciendo:

—Pa que veyan...

Los **cipotes** abrían sus bocas y se acurrucaban, para descansar las barrigas enormes.

—Esos han sido los Garciya.

—O los Munto.

—Hilario y Cosme, quizá...

—A saber si jué Mincho de la señá Fabiana.

—Sí, pué...

El día venía abriendo rápido, con ambas manos, los azules del Azul. La luna, marchita ya, se arrinconaba en la montaña. Las ondas de la vaciante **tráiban orito** en la punta. El manglar se había separado del paisaje, tomando su cuer-

po. La isla verdegueaba, y la fragancia de la mañana venía **mera** cargada.

De pronto, se vió una estela que flechaba hacia la orilla. Todos quedaron en suspenso. Un perro negro llegaba jadeante, aclarando el misterio de la tragedia. Salió de un último pechazo a la orilla; meneó el rabo; se sacudió bruscamente la gloria del sol, y no dijo nada.

HASTA EL CACHO

Los nubarrones ensuciaban las tres de la tarde, como dedazos de lápiz. A lo lejos, en las aradas que iban bajando de los cerros pelones, se miraban las tierras como pintadas con yeso. En aquel paisaje, dibujado sobre pizarra de escuela, la montaña era como una resquebradura. Venía lloviendo por todos lados. El viento balanceaba su regadera sobre aquellos plantíos de tristeza. El polvo, despertado bruscamente, se desperezaba y se echaba a volar, como un fantasma. En la lejana azulidad de la costa, la tormenta iba empujando sus cortinas.

Pedrón y su hijo, dejando el arado y la yunta a merced de la lluvia, alcanzaron a llegar bajo un **amate.** Las primeras gotas palmeaban la tierra, precipitadamente y a tientas, como un ciego que ha perdido algo en el suelo. El terrón desflorado sonaba como un cuero, y olía como flor de tierra. Las hojas se enmantecaron **de yá,** agobiadas con el raudal cristalino. Los truenos pasaban, rodando como **piedrencas** en la barranca de la quebrada. De cuando en cuando el rayo encendía, de un fosforazo, su puro escandaloso.

—¡Qué aguacero, **hijó!**...

—¡Mire... tata, cómo sihacen los cocos... allá!...

Pedrón se pegó más al tronco del **amate;** con su brazo amplio protegía al **cipote;** una que otra gota, llena de colores, venía meciéndose de hoja en hoja, hasta caer en el oro viejo del sombrero. Las ramas, bajeras y anchas, dibujábanse en seco, sobre el terreno. Había en aquel refugio una suavidad hogareña.

—Cuando vos naciste taba lloviendo tieso...

—¿Eeee?

—Meramente como hoy... Tu nana tenía friyo; jué como a las diez de la noche.

—¡Pobrecita mi nana!...

—Sí pué, pobrecita...

Había ido decayendo la lluvia; aflojando, languideciendo, agonizando. Una brisa de tarde dorada sacudía el agua de los matorrales. A lo lejos, los eucaliptos negros y secos se adentraban en el cielo gris, como rayos negativos. Como espuma **lambía** la neblina las lomas olvidadas. Rojas de barro, iban los regueritos buscando su salida por los surcos. Los bueyes, pintados allí por la frescura, rumiaban recordando.... Al haz de la piedra de la tormenta, nacía el crepúsculo, como una **florcita.** Un sol **mieludo** untaba los cerros, que se agachaban desnudos y en grupo.

—Amonós, vos; ya se calmó.

—Mempapé el lomo...



—Ojalá no te vaya a repetir el paludis.

—Primero Dios...

Cruzaron el campo raso, hundiendo en el barro pegajoso los pies oscuros. En aquel golfo de tierra negra, eran como dos **agüegüechos** heridos.

El **shashaco** Tadeyo llegó **apriesa onde** Pedrón.

—Pedrón—le dijo—: Don Juan José tiene mercé de verte: sestá muriendo y te quiere hablar.

—¡Eeee?...

—Andá, hombré, el deseyo de los murientes hay que cumplirlo. Ya casi no pispileya, y sólo a vos te aguarda.

—¡Achís!... ¿Y qué me querrá el maishtro?

—¡Antojos!...

—¿No mestás tirando, hombré?...

—¡Agüen!... ¡Por estas!...

Fueron **apriesa** por el caminito. La noche era oscura y los pies iban al **tanteyo** por el pedregal. En una vuelta, apareció la puerta en luz de la casa de don Juan José, el maestro albañil. Entraron, agachándose.

Desde allí se **alvertía** el ronquido del moribundo. Los familiares rodeaban la cama. Pedrón se acercó, con el sombrero en la mano. Se paró agarrado de la cabecera. Miró, tímido, los ojos pelados del enfermo.

—Si le puedo ser de servicio...

—Que me dejen solo con Pedro...—pidió, con temblorosa voz, el viejo.—Arrimate, hermano; óime tantito, antes de dirme...

Salieron todos. Pedrón se sentó, jalando un taburete. El viejo empezó a llorar sobre su estertor.

—¡Perdonáme, hermano!...

—¡Agüén!... ¿Y yo de qué?... No siazareye, que liace daño.

—Tengo un pecado feyo, que no quiero dirme sin confesar...

—Si quiere, le llamo al padre.

—No. Es con vos, Pedro; porque a vos te se jué hecha la ofensa.

—¡A yo?...

—La Chica se metió conmigo. Nos véyamos descondidas tuyas. El Crispín es mijo...

Fué tan rudo el golpe asestado en el pecho de Pedrón, que éste no se movió; abrió un poco la boca. Sentía que una espada **diaire** le había pasado de **óido a óido,** al tiempo que un **tenamaste** le **caiba** en el estómago. Se puso **cherche, cherche.** El enfermo clavó sus lágrimas en aquel rumbo, y pidió perdón. No obtuvo respuesta; sólo un silencio puntudo, que le dió un frío violento. El pecado, rodando de la garganta al pecho, atravesó sus dos puntas, haciendo sentarse de golpe al **maishtro.** Dió un gruñido; buscó a tientas el borde de la vida, y cayó en brazos de sus familiares que llegaron corriendo.

Pedrón aún estaba mudo, apoyado en la vista como en un bordón. De la gran **escurana** llegaban a su corazón aquellas palabras de alambre espigado: "El Crispín es mijo"... Sobre la cama descansaba ya muerto el **morigundo.** Le habían cerrado los ojos con los dedos, y la boca con un pañuelo azul. Al rededor de la cama empezaron las mujeres a verter rezos y lágrimas. Con ojos como botones, los hombres le miraban la boca traslapada. **Naide** supo exactamente lo que allí pasó: un gritar destemplado, un empujar, un "¡Jesús, Jesús!", un crujir de cama, un puñal de cruz **ensartado** hasta el **cacho** en el corazón del muerto. El muerto **bía sido asesinado.** Dijeron que Pedrón se había **trasjuiciado.** El Comisionado no lo arrestó: en primer lugar, **porque el muerto yastaba dijunto** cuando el asesinato; y en segundo, porque el autor del sacrilegio **taba loco.**

Para no desangrar el **cadábere** del finado, no le quisieron sacar el cuchillo; se fué al sepulcro como tapón de odio; ensamblado hasta el **cacho,** como **crucita** de maldición. Tierra **prieta** le cubrió amorosa; sobre el suelo se enterró la cruz grandota, la cruz de bendición, con su "Descanse en Paz".

El Crispín, el hijo del muerto y de la muerta, andaba **echado e la casa** hacía tres días. Su propio llorar lo había llevado al borde de la quebrada: allí silencioso, allí sombrío; allí, donde lloraba el suelo. Sentado en el hojerío, debajo de los **charrales,** se quería morir **diambre.** Sentía que se ahogaba, en un dolor amoroso que le llegaba a la coronilla. Su amado **papa** lo **bía** sacado **diarrastradas,** aquella tarde maldita; lo **bía** ido empujando **parajuera:** "¡Váyase, desgraciado, váyase; usté nues mijo, váyase; no güel-

va, babosada, no seya que se me vaya la mano!" Por dos veces, su **papa** le **bía encumbrado el corvo.** Allí se estuvo llorando, sin comer, sin dormir... Tenía hinchados los ojos, la boca pasmada, la mente vacía.

Aquella atardecida, cuando ya las sombras estaban maduras y se desprendían; cuando los toros pasaban empujando un alarido, y las estrellas se **despenicaban** como florecillas sobre el patio del cielo, Pedrón surgió de la breña y cayó sobre su hijo, como un jaguar hambriento de amor. Le corría el llanto por la cara y por la camisa. Se hundió al hijo en el pecho, sofocando sus sollozos.

—¡Mijo, mi lindo!... Perdonáme, cosita; taba como loco!...

Le sobaba la crencha lacia, ebrio de compasión.

—¡No cuede ser, Crispito e mialma; no cuede ser, no cuedo vivir sin vos!... ¡Estos diyas negros mián quitado la vida! He sentido que tenía trabado al corazón, el puñal que le dejé al dijunto; yo mesmo me bía hecho el maldiojo. Al fin juimos con Tadeyo, y se lo quitamos; hora te siento mijo otra güelta...

Despegándose del pecho de Pedrón, con un dolor que retorcía su cara como un trapo, para estrujar las últimas gotas, el niño le miró fijo y, tras un esfuerzo inmenso, logró gotear:

—¡Pa... pa!...

LA BRASA

En la cumbre más cumbre del volcán, allá donde la tierra deja de subir buscando a Dios; allá donde las nubes se detienen a descansar, Pablo Melara había parado su rancho de carbonero. Medio rancho, medio cueva, en una falia del acantilado aquel nido humano se agazapaba. De la puerta para afuera, empezaban las laderas a descolgarse, terribles, precipitadas; en deslizones bruscos; abismándose, rodando, agarrándose **aflegidas.** Los pinos, enormes, eran nubes oscuras entre las nubes; humazos negros entre la niebla. Mecían al viento, lentamente, sus enormes cabezos, como si oyeran una música dulce, salida de lo gris y de lo frío. Las ramas **chiflaban** tristemente, llevando en ritmos nasales una melodía de inmensidad. Era la cumbre una isla en el cielo; y el cielo, un mar de viento. En las noches tranquilas, como por alta mar, pasaba silenciosa la barca de la luna nueva. A veces el horizonte fosforecía.

El carbonero iba apilando los leños, en **pantes** enormes. De cruz en cruz, formaba una torre; como un faro que, en las noches largas, llenas de ausencia, ardía, ardía rojo y palpitante, señalando el rumbo a los barcos de silencio con sus grandes velámenes de sombra.

Solo y negro en la altura, el carbonero iba viviendo como en un sueño. Tenía un perro mudo y una gran tristeza. Acurrucado y friolento, encendido siempre el **puro** y el corazón, se estaba allí mirando el abismo, sin remedio.

Como a los pantes de leña oscura, la brasa del corazón le iba devorando las entrañas; y aquel resplandor de misterio se le iba subiendo a la **concencia.**

Una noche, **aflegido,** lió sus trapos y se marchó **pá** nunca...

—¡Puerca, mano, méi juido dialtiro e la cumbre! Miatracaba un pensar y un pensar...

EL MISTIRICUCO

El antiguo tronco de la ceiba madre de la hacienda, se hundía, como inmensa pata de gallina, en el estercolero del corral. Era verano. La ramazón escueta se abría en el azul del cielo, como una extraña flor de hierro. De las vainas reventadas, volaba el algodón: vellón de nube, gracia de la brisa costeña... Cada arruga del tronco era como un nervio de montaña. En los nudos hechos por los siglos, había cabezas de monstruos terroríficos: pensativas gárgolas, no extrañas en aquella catedral de pájaros, románica en el tronco y bizantina en la copa. En el ábside roñoso tenía una ventana oscura, ojival, a la cual ponía vitral de verdes y brillantes hojas, una parásita prendida **guindo abajo.**

Luciano Pereira quería trepar, a ver qué había allí dentro. Moncho, el corralero, con el balde a media leche y el rejo en el hombro, trataba de disuadirlo:

—Te va joder una culebra, gran baboso...

Luciano subía ya, por la doble cuerda de una **persoga** que había logrado trabar en un gancho.

—Ai state; no te vayás, O; guá encender un jójoro y te guá decir qué veyo.

Sin soltar el balde, entreabierta la boca y arrugada la frente por el claror del **manecer,** Moncho lo miraba trepar sin gran esfuerzo y **sonreiba** al **carcular** la travesura.

Llegó Luciano al **juraco;** en una mecida alcanzó el borde, donde agarró con su pie de barro valiente; y en un momento estaba acondicionado, **ispiando pabajo,** curioso y cabeceante como un oso colmenero.

—¿Qué mira, cheró?

Luciano se dignó sacar la cabeza y mirar al corral.

—No veyo tantito, hombré, por la escurana; pero se oye un cuchareyo como rascádue cusuco.

—Veya no lo joda una culebra, por baboso...

Luciano Pereira encendió un **jójoro,** y miró **tieso.** Luego que se hubo apagado la llama, se volvió hacia Moncho y le dijo, feliz:

—Es un mistiricuco.

Desapareció en la cueva; y a poco volvió a mostrarse, trayendo en la camisa un envoltorio misterioso. Se montó en la ojiva y, tirando de un extremo de la cuerda, ató el envoltorio y lo fué bajando con cautela. Moncho había soltado el balde a media leche y esperaba, con los brazos en alto.

—No lo dejés dir, baboso.

—No, O...

Desenvuelto con precaución, después de atada una pata, el **mistiricuco** quedó parado en una piedra del corral. No intentaba volarse, porque nada veían, en la lumbre del día, sus ojos de **bamba piruja,** abiertos y fijos como **ojos de venado; désos** que **cayen** del bejuco y se quedan mirando el cielo, desde el potrero, con un terror sin **pispileyo.** De vez en cuando un ligero **tastaseyo** le venía en los **cachetes** y hablaba palabras sin sonido, girando la cabeza sobre los hombros, como un títere de cordel.

—Pobrecito, oyó... Devolverlo al hoyo.

—Devolverlo vos, si tanta gana tenés; yo no me incaramo otra vuelta.

—¿Y qué vas hacer con él?...

—Ai que se quede.

—Trayen la suerte, hombré; llevátelo.

—Lo guá descabezar diún machetazo.

—No seya bárbaro, compañero; adémelo a mí...

—¿Qué vas hacer con él?...

—Eso es cosa miya: adéjemelo.

Cuando Luciano Pereira se hubo alejado, cantando, por el **ixcanalar** que da al río, Moncho se quedó mirando el **mistiricuco,** mientras se rascaba la crencha. Tomó una resolución. Tanteó una **persoga** al gancho, varias veces, hasta que logró trabarla; y después de envolver el ave agorera con su camisa, como había hecho el otro, empezó a subir, llevándola en los dientes.

Por fin pudo llegar al hoyo; desató el lío y dejó el pájaro en el fondo. Cuando iba a descender, oyó el graznido trágico del **mistiricuco;** y recordó al momento que "cuando el **tecolote** canta el indio muere". Empezó a bajar con miedo. Se dió cuenta de lo mal que había enganchado la **persoga.** Cerró los ojos. Cayó...

Abrió, por última vez, los **párparos** mansos, y miró las caras inclinadas sobre él.

—Quedó paradito el pobrecito, en su nido...—dijo sonriendo, y cerró los ojos.

Entuavía alcanzó la voz de **ño** Macario, que decía:

—Traye la suerte y traye la muerte. Tal vez la suerte es una muerte; tal vez la muerte es una **suerte.**

El fracaso de la diplomacia intervencionista

= Editorial de *El Universal*. México, D. F.—15, abril, 1934.—Envío de *R. H. V.* =

Ayer deben haber terminado los trabajos de la Conferencia Centroamericana, reunida desde el 15 de marzo último en la ciudad de Guatemala, con el objeto de renovar los pactos de Washington, suscritos en 1923.

A juzgar por las noticias que trasmite el cable, aunque no se llegó a ningún acuerdo que pueda considerarse cuando menos como un paso decisivo hacia la unión de Centro América, se firmaron dos tratados, uno que llaman de confraternidad, y otro sobre extradición.

Es de suponerse, por más que carezcamos todavía de informes ciertos sobre ello, que los convenios suscritos conservaron los rasgos esenciales de los anteproyectos que formuló el Presidente guatemalteco, general Ubico, asistido por su Secretrio de Relaciones Exteriores.

Fortalece la anterior presunción el hecho de que, según la "United Press", hay "algunas dudas acerca de las probabilidades de que los congresos de todos los países vayan a ratificar" los pactos.

En efecto, la actitud de las delegaciones de cada uno de ellos se perfiló bien durante los debates: Guatemala y Nicaragua se unieron estrechamente en la defensa de los proyectos guatemaltecos; El Salvador y Costa Rica constituyeron la oposición, y Honduras procuró mantenerse equidistante entre ambos extremos, guardando una neutralidad propicia a todos los oportunismos.

Es difícil, por consiguiente, que en tales condiciones se haya logrado encontrar una fórmula capaz de conciliar tan diversas y encontradas posiciones, hasta el punto de adormecer las vigilantes y justificadas suspicacias de los Estados reacios a renunciar parcial o totalmente a su soberanía, por conveniencias de índole política.

Aun tomando en cuenta lo que parece haberse realizado en la Conferencia Centroamercana, puede, por tanto, compartirse la opinión que, según la "United Press", prevalece en Guatemala, de que los resultados obtenidos están lejos de haber sido satisfactorios.

Va siendo ya un viejo tema de estrategia política entre los gobernantes de los paises de la América Central el de la unión. Como el sentimiento unionista persiste vivo en la conciencia de los pueblos centroamericanos, a pesar de las maniobras separatistas de sus clases directoras y de la insistencia con que se hace propaganda a un nacionalismo que tiene en ocasiones contornos de caricatura, los políticos américocentrales procuran encubrir sus aspiraciones de hegemonía ístmica, bajo la capa del unionismo.

Indiscutiblemente son ellos y la clase a que pertenecen, los peores enemigos de la unión. Como la economía centroamericana es aún de tipo feudal, la clase superior de aquellos países no concibe otra manera de mantener su dominio, que la de conservarlos divididos en clanes nacionales, a su vez subdivididos en cotos de señorío particular. Son por esto sus miembros enemigos naturales, aunque frecuentemente disimulados, de la unión.

La federalización de Centro América sólo podrá conseguirse, cuando la economía centroamericana supere su presente etapa feudal; cuando la tierra no sea la base económica del poderío social y político; cuando los países del Istmo hayan avanzado más en el camino de la organización capitalista.

Es cierto que un poder incontrastable y extraño—el de los Estados Unidos — podría, si quisiera, imponer la unión de la América Central; pero amén de que ello significaría para él la necesidad de vencer la resistencia de una clase social que hasta ahora ha secundado sus planes con ejemplar sumisión, no le interesa hacerlo, sino al contrario, ya que la conversión al capitalismo de los países explotados por el imperialismo, se traduce a la larga en perjuicios e inconvenientes para éste.

El unionismo, sin embargo, sirve todavía en el Istmo como disfraz de intenciones políticas. Y fueron en esta ocasión los Gobiernos de Nicaragua y Guatemala quienes lo utilizaron, con el fin de ocultar los verdaderos propósitos de la Conferencia Centroamericana que acaba de clausurarse.

Basta haber hojeado la prensa de aquellos países, tobre todo la salvadoreña y la costarricense, para convencerse de que el escamoteo no tuvo éxito completo. Muchas personas de relieve e independencia comprendieron que de lo que se trataba era de repetir, por tercera vez, la vieja historia de 1907 y de 1923. Sólo que ahora se sustituía a Washington por Guatemala, como escenario para la representación.

"Las Conferencias Centroamericanas de 1907 y las del mismo nombre de 1923 —comentaba, por ejemplo, "La Prensa", diario nicaragüense—obra de los Estados Unidos, constituyen el documento que autoriza a Washington como árbitro de nuestras contiendas. Esos pactos, esencialmente políticos, no hicieron más que acercar a los Estados centroamericanos, no por la paz, el comercio o cualquiera otra relación que consolida amistad, sino por los contactos políticos en que necesariamente entran en roce los intereses opuestos, con un desenlace lógico de separar en vez de unir".

Comentarios del mismo tono abundan en la prensa centroamericana, así como relatos de las inconsecuencias de que se ha hecho responsable la Cancillería de Washington en su interpretación de los famosos pactos. Pero lo que nadie quiere o puede explicar es el sentido íntimo de la política norteamericana en relación con los tratados de 1907 y de 1923; el significado efectivo de ellos; y el por qué de la tendencia a acentuar cada vez más su aspecto intervencionista y su desdén por la soberanía de los Estados contratantes.

A la Casa Blanca le importa mantener a toda costa la paz en Centro América, quienquiera que sea el que se la garantice y no importa la calidad del régimen político que la asegure. Por encima de todo pone el interés de los inversionistas y de las inversiones norteamericanas, y la conveniencia de ofrecer a su plutocracia un tranquilo campo de explotación colonial. En esa virtud, forma parte de su política el sostenimiento de las situaciones establecidas en aquellos países, por todos los medios posibles. Tal es el objeto de las convenciones centroamericanas de 1907, 1923 y 1934, celebradas bajo su inspiración y tutela.

Habría, por tanto, cumplido con el fin para el que fué convocada la Conferencia de Guatemala, sólo con lograr la firma y ratificación del tratado de confraternidad y del de extradición — que al principio se llamó "de paz y amistad"—. Lo malo es que precisamente estos pactos políticos, de inspiración y tendencias imperialistas, que constituían el verdadero objetivo de la Conferencia, parecen haber nacido muertos.

Si ello es así, por fortuna para el decoro y la independencia de Centro América, la diplomacia intervencionista se habrá apuntado, pese a la entusiasta colaboración de sus cómplices ístmicos, un resonante fracaso.

El buen ejemplo

Santa Cruz, Guanacaste, mayo 21, 1934.

Señor
Don Joaquín García Monge,
San José.

Estimado señor:

Le ruego enviar REPERTORIO, próximo mes en adelante, a la Biblioteca Pública de esta ciudad. La Junta de Educación de este centro, cancelará la suscrición respectiva.

Quedándole muy agradecido, su atento servidor,

R. Arias C.
Presidente Junta Educación

Como la Junta de Educación de Santa Cruz, le ayudan también al *Repertorio Americano* las de San José, Heredia, Puntarenas.

Los "Cuentos de Barro" de Salarrué

= *Colaboración.* Mayo, 1934. =

Para *Claudia Lars*, este sencillo homenaje a su compatriota.

El título del último libro de Salarrué, **Cuentos de Barro**, es todo un programa de tragedia agraria. Pero su autor, que es un poeta de la prosa, rico en fantasías que recuerdan las más frondosas ensoñaciones orientales, lo resuelve con una filosofía panteísta. En ello está su gracia y su valor literario que hace de estos cacharos centroamericanos entidades de un sabor universal. Sorprendidos los personajes de los cuentos en los elementos madres, que decía Goethe, tienen una especie de vida de trasmundo: el cuentista los despierta a las realidades humanas, pero no logra hacerlos partícipes de ellas porque cuando empiezan a vivir, una fuerza superior los empuja hacia la noche, de bruces al infinito. Con escamas de plata de luna, con escalofríos de agua llovida, con tinieblas de montañas impenetrables, contemplan la tierra detrás de las espaldas del tiempo: se dijera que no entienden lo humano. Tal vez porque son indios; tal vez porque la tragedia suya sea un destino vivido al revés. Pero sin embargo, aquel dilema espantosamente cierto de que "la vida no es más que una oscilación entre el aburrimiento y el dolor", tiene en estos hombres de barro un sentido más hondo que en otros tipos humanos. Son barro que sufre la dictadura de los dogmas de una civilización que ni el amo ha sentido, porque aun en él es postiza. La materia prima sobre la cual se asienta el feudalismo de una cultura sin culto real la adapta a sus emociones que se confunden con el paisaje, es decir, con el goce de lo único que es verdadero en estas tierras del trópico.

En efecto, el paisaje juega un papel importante en los cuentos de Salarrué. Casi más importante que el hombre de barro. También los elementos naturales, sobre todo el agua. Los indios de estas narraciones sienten la nostalgia de una civilización oceánica y por eso los vemos sufrir sus mayores tragedias a orillas de los ríos o del mar. Llueve mucho sobre las tragedias sexuales de ellos, sobre sus deseos místicos, sobre sus esperanzas de un bienestar que, bien considerado, ni ellos mismos sabrían en qué utilizar. Hay momentos en que creemos que las realidades los van a transformar en entidades económicas, como en **Semos Malos**; pero volvemos al punto de partida de un panteísmo en que todo se resuelve en un canto o una lamentación a la que sólo acompaña la monotonía de una gotera en la noche. Aun cuando deseamos que el destino católico ejerza su influencia sobre el alma de un hombre, aparece el elemento que lo poetiza todo: el niño que, cual un adorador furtivo de Venus, encuentra que la honra está naciendo en el puñal a orillas del ojo de agua.

A lo largo de estas nutridas páginas poéticas sólo hay una tragedia en que nuestra sensibilidad occidental sorprende uno de los dogmas de la ética: **La Petaca.** Pero una fatalidad de barro hunde al personaje en un nirvana también de barro.

El barro de los cuentos de Salarrué es una materia húmeda, fecunda, sobre la cual crece una vegetación exuberante que sólo embellece el paisaje como en aquellos poemas que nos vinieron de la India o de la Persia de Ferdussi. Amasado en una lengua de sugerencias, rica en sonoridades, sin importarle la emoción filológica, el barro se convierte en hombres infinitamente tristes, no tanto por sus tragedias, cuanto por la forma en que se someten a ellas. Ha desaparecido de ellos todo sentimiento de la voluntad: no viven, continúan. José Pashaca, el indio de **La Botija,** no nos dejará mentir si afirmamos que los personajes de Salarrué continúan en lugar de vivir.

Los **Cuentos de Barro** de Salarrué constituyen uno de los mejores libros que se han escrito en la literatura centroamericana. Es un libro tropical en el sentido en que son tropicales los apólogos de Tagore. Es más: nunca el indio vió acercarse a su lado al hombre que cabalga sobre estos paisajes con la herencia del romano y del judío a cuestas, como lo ha hecho ahora Salarrué. Porque, a pesar de ser estos cuentos más bien poemas teñidos con toda la melancolía de nuestra raza, en ellos está hirviendo el conflicto de nuestros pueblos en sus contactos con la civilización.

Confesamos que al abrir los **Cuentos de Barro** nuestro deseo fué el de encontrar en sus páginas, lindamente impresas e ilustradas, el estudio emotivo de las realidades económicas que son las que nos preocupan cuando pensamos en el porvenir del indio de América. Pero pronto penetramos, pisando un barro húmedo, en una tierra poblada de rumores de poeta, donde los hombres aparecen idealizados por la muerte, por el amor, por el dolor. **Amore, dolore sacrum**...

León Pacheco

San José, Costa Rica.



Salarrué
(Salvador Salazar Arrué)
Dibujo de *C. Martínez Molina*

El último libro de Salarrué

= *Colaboración.* San José, Costa Rica =

Jamás pensé que la tierra donde uno nace: el paisaje familiar nunca olvidado, las bestias, los hombres, el total colorido del ambiente, pudieran bajo otro cielo tenerse entre las manos.

Salarrué con sus **Cuentos de Barro** me hace vivir mi tierra salvadoreña en cada página de su precioso libro.

Con manos de dios, más que de artista, toma el barro de la tierruca y modela los muñecos que a su soplo creador se convierten en los hombres y las mujeres que hacen el paisaje agrario, la tragedia múltiple y la poesía infinita de un país y de una raza.

Yo conozco esos indios. Llevo en mis venas sangre suya. Crecí en medio de ellos. Aprendí a comprenderlos y a quererlos. Ellos son mi infancia, mi adolescencia. Junto a ellos florecieron mis primeros sueños. Sus cantos tristes me adormecieron cuando niña, sus cuentos me deleitaron y sus leyendas de misterio pusieron en mi alma un encanto de pájaros y flores que hablan y un terror de coyotes, lechuzas y brujas, todo ese bagaje de cosas raras y sobrenaturales que más tarde se fué convirtiendo en esta inquietud y esta sed de lo desconocido.

También al lado de una india salvadoreña crece mi hijo y hoy puedo apreciar mejor todo el valor y grandeza de esta raza gracias a la compañía de esa mujer leal y abnegada. Ella es la mano amiga y la sombra protectora de mi pequeñito. De sus labios se cuelga él también escuchando los mismos cuentos que animaron mi niñez.

Por eso el libro de Salarrué me ha conmovido tanto.

Y luego el paisaje. Salarrué es un maestro del paisaje cuscatleco. Nadie como él para decorar sus cuentos. Se trata no solamente del creador que anima sus muñecos y del poeta que los canta, sino también de un gran pintor. Sus pinceladas son precisas, espléndidas. Tristezas y dolores, angustias y miserias, alegrías raras y fugaces, resignación altiva,—el diario trajín de nuestros campesinos—va pasando sobre un telón de encantamiento: telón iluminado por un sol maravilloso, con montañas verdi-azules que se pierden en la distancia, y maizales que se doran y cafetales fragantes. Con mañanitas claras aromadas de flores y yerbas tiernas, flores y yerbas tropicales que tienen nombres lindos. Con tardes que se destiñen o se incendian, y noches profundas cuajadas de estrellas y de luciérnagas.

Se siente en él olor a selva espesa, a valle fértil, a barro de Cuscatlán.

Este libro es algo definitivo. Viene a afirmar, a decidir una personalidad.

Yo creo, sin miedo de equivocarme, que Salarrué es ahora uno de los primeros cuentistas de nuestra América y tal vez el más genial.

Claudia Lars

Mayo, 1934.

Poesías inéditas de Alberto Guerra Trigueros

= Envío de *Salarrué*. San Salvador, El Salvador. =

CANTO EN PROSA

A M.

Dulce prosa de mi vida diaria,
hecha verso por tu diaria vida:
frasco pobre, al que una esencia ida
nimba con un aura legendaria.

Lo que importa es Dios, no la plegaria;
es el sacrificio, no la herida.
Y, contigo, mi mediocre vida
ha sido una vida extraordinaria.

No es la vida lo que al fin importa,
policroma o gris, o larga, o corta,
sino quién la vive, en qué la invierte.

No hay vida vulgar. Y toda vida
queda iluminada, ennoblecida,
por la perspectiva de la muerte.

San Salvador, 1934.

UN SUEÑO

Nos bañamos, en la noche inmensa.
Trémula de astros, sobre el mar.
Noche inmensa, donde el hombre piensa:
piensa que pensar, es sólo amar.

Pebetero, el corazón inciensa
en un doble, en un flotante altar.
Dulce vida, dulce llama intensa
que arde sin quemarse, sobre el mar.

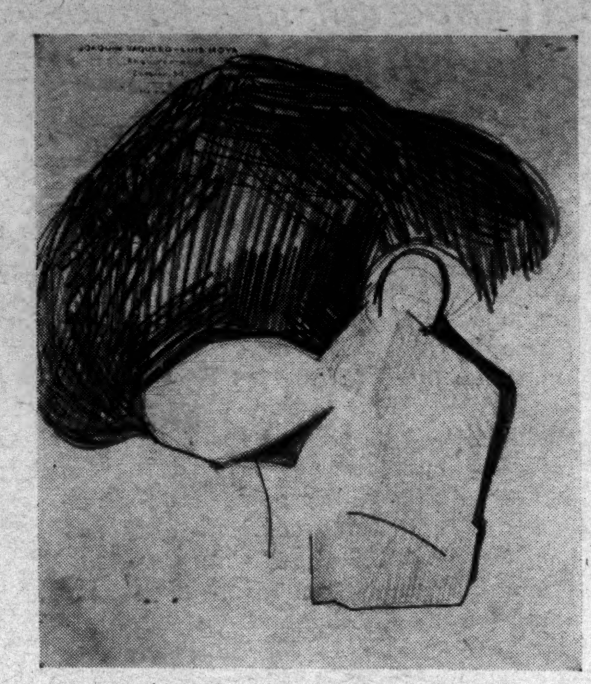
Altas olas, transparentes olas,
se alzan frente a nuestras almas solas
bajo el vasto océano estelar:

y en el fondo de los siglos breves,
tejen claras telarañas leves
las constelaciones, sobre el mar.

San Salvador, 1933.

CREO EN TI

Hijo del hombre, Hijo de Dios: ¿qué importa el nombre
en que yo crea, Cristo, si está en mí tu vida;
si en mí vive tu muerte y sangra en mí tu herida,
Hijo de Dios, hijo del hombre?



Alberto Guerra Trigueros

Caricatura de *Joaquín Vaquero*

Mientras la vida dolorida
con su oscuro sufrir nuestro camino escombre,
¿habrá quién dude, habrá un solo hombre
que se asombre
de tu Resurrección, en cada pecho erguida?

Tú resucitas, Cristo, en mi dolor que gime.
Te siento en mi resucitar, Fénix sublime,
cada día y a cada hora;

y tu sangre que lava el corazón del mundo,
brota desde mi propio corazón profundo
y tiñe en sangre cada aurora.

San Salvador, 1933.

REX TRISTITIÆ

«...el Dios de los tristes.»
MIGUEL DE UNAMUNO

El que nació triste, muere triste.
Triste, en el Infierno o en el Cielo.
Para él, la noche viste duelo,
la aurora de sangre se reviste.

Cristo, dios de tristes: tú que fuiste
dios de alas en cruz, dios para el vuelo,
dios romántico de nuestro anhelo,
el romanticismo ya no existe.

El que nace triste, triste muere.
Un puñal recóndito nos hiere,
Dios de luna que ante el sol resistes:

Quijote, ojalá que Sancho Panza
nos deje esta última esperanza:
que haya un triste Dios para los tristes.

San Salvador, 1933.

LA LAGRIMA

¿Cuándo te lloraré por fin, Lágrima inmensa,
péndulo de mi vida desde que nací;
del hilo más sutil de mi dolor suspensa,
cuándo te verteré de mí?

Todo mi sér te sufre y mi razón te piensa;
todo el dolor del hombre se resume en ti:
¡cuándo te apagarás, socarradura intensa,
profunda brasa de rubí!

Te he de llorar, flor toda hecha de saetas.
Cuajo de amor. Sangre de rútilas facetas,
diamante vivo, rojo prisma.

Yo he de llorarte al cabo en un dolor supremo:
he de arrancarte, Lágrima, en el llanto extremo
que me arranque la vida misma.

San Salvador, 1934.

EADEM NOX

Bajo el insomnio inmemorial de las estrellas,
mi alma interroga, una vez más, al infinito.
Una vez más, el aerolito de mi grito
rasga la inmensa sombra en luminosas huellas.

El ciego Arquero aún dispara hacia las bellas
luminarias eternas del eterno Mito;
y aún, oh Noche, negra losa de granito,
tu misterio de luz con Siete Sellos sellas.

Una vez más...—Nadie responde. Todavía
nace del sol, la noche; de la noche, el día;
siempre el hoy—¿cuál?—entre el mañana y el ayer.

...El hombre.—¿Dios?—El alma, trémula y suspensa;
y los copos de luz de la nevada inmensa
que no acabará nunca, nunca, de caer.

San Salvador, 1933.

Alberto Guerra Trigueros

Estampas

De un ruidoso claxon del imperialismo yanqui, para quien la política de "buena voluntad", o la del "buen vecino", son músicas celestiales.

= *Colaboración* =

La escena imperialista en esta época de la política del "buen vecino" es bueno conocerla por dentro y fuera. Las agencias de opinión controladas por el Departamento de Estado sólo nos dan el exterior, que es lo que al fariseísmo imperialista interesa. Con esto adormilan más a nuestros pueblos y los acomodan para la penetración sin escándalo. Cosas vistosas nos presenta la llamada nueva política y debemos creer en el abandono total de los métodos que hasta aquí vinieron empleando los pasados Gobiernos yanquis al tratar problemas hispanoamericanos. La América nuestra merece colocarla en un plano de superior estimación y de ahí ha surgido en la mente del segundo Roosevelt la idea de relaciones honestas. No más intervenciones armadas, no más tratados sojuzgadores. Los Estados Unidos tienen que despojarse de muchos derechos en beneficio de la política del "buen vecino". Así es por fuera la escena.

Por dentro no ha variado y lo que a estos pueblos interesa es seguirla viendo en su realidad eterna. Los sostenedores del imperialismo gritan contra el segundo Roosevelt y le recuerdan que la estructura de la política externa no ha nacido vacilante sino que está arraigada en honduras indestructibles. Para esos pilares del imperialismo los Estados Unidos han adquirido sobre estos pueblos el derecho de supervigilancia. No pueden abandonarlos por causa de ninguna eventualidad, porque sería eso desprenderse del papel preponderante que la civilización ha puesto en su poder. Uno de esos engreídos voceadores imperialistas es William R. Castle, antiguo Subsecretario de Estado en el Gobierno de Hoover. Conviene hablar de este ex-funcionario yanqui, porque es de los que ha hecho carrera, es decir, es de los imperialistas que tienen conciencia de que los Estados Unidos deben dar a nuestros países trato de factorías. Pasó por el Departamento de Estado y ha de volver mañana, cuando este fariseísmo rooseveliano acabe. Sabe Castle que volverá a la guarida desde donde es posible ordenar el desembarco de marinos en Nicaragua, la imposición de contratos a Costa Rica o a Panamá. Hace ostensible su imperialismo y ahora que la política del "buen vecino" fantasea, él dentro de la escena la censura.

Hay un artículo de Castle ("Por qué desembarcan los marinos", **New York Herald Tribune,** mayo 20 de 1934) de la más descarada afirmación imperialista. Recoge la farisaica palabra del Secretario de Estado Hull en la conferencia panamericanizante de Montevideo y comenta: "En el curso de la reciente conferencia panamericana celebrada en Montevideo el Secretario de Estado Mr. Hull expuso que la política del Gobierno norteamericano era ahora no volver a intervenir jamás en ningún país latinoamericano. Para el común de la gente de este país y de la América Latina esto significa que los Estados Unidos nunca más volverán a desembarcar marinos por ningún motivo. Muchos periódicos norteamericanos, sin dar al asunto una consideración seria, aplaudieron la afirmación como un gran paso hacia el entendimiento internacional, como una prueba del idealismo de esta administración". Comenta en seguida el propósito errado de esa política y añade: "El error más serio consiste en sentar el principio de que los Estados Unidos no intervendrán jamás, si por intervención se entiende el desembarco de tropas para la protección de ciudadanos norteamericanos. **Jamás** es un término imposible para ser usado por un gobierno en cualquier asunto".

En suma, el señor Castle advierte dentro de la escena imperialista que no conviene a los Estados Unidos comprometerse haciendo ciertas afirmaciones que no se cumplirán nunca. Es decir, descubre toda la mentira encerrada en la política del "buen vecino" puesta a circular por la América nuestra. El sentir del señor Castle es exactamente el sentir de la fuerza imperialista yanqui. Las conquistas mayores las realiza el imperialismo mediante la intervención en estos pueblos. Anularle ese derecho es oprimirle el garfio que mejor afianza dominio. Por eso el ex-funcionario que tuvo los resortes oficiales no tolera semejante cosa. Es taimado y como necesita ser oído, vuelve a repetir aquello de la protección al ciudadano yanqui en tierra extranjera. Ese ciudadano salido de su nación para adueñarse por acá de empresas, de tierras, de bancos, no puede jamás quedar abandonado de su Gobierno. En cualquier momento da la voz de alarma y ese Gobierno tiene que acudir en su protección. Con la teoría farisaica del segundo Roosevelt las avanzadas yanquis constituídas por los millares de sujetos emigrados a nuestros países no cumplirían la tarea importante de crearle contactos al imperialismo. Imposible aceptar dentro de la escena el principio anti-imperialista. Castle lo combate y por lo falaz es bueno oírlo: "Es razonable, desde luego, que aquellos que salen a establecerse en el exterior y a hacer negocios estén sujetos a las leyes en donde residan; por consiguiente, los deberes de su propio gobierno para con ellos comienzan cuando esas leyes son desigualmente aplicadas con perjuicio de ellos, o cuando las condiciones de vida se vuelven tales por causa de huelgas o de insurrecciones, que el gobierno bajo el cual viven es incapaz de darles protección adecuada... Y cuando la necesidad se presenta y el Gobierno Americano no opera, es no solamente un traidor a sus propios ciudadanos, sino que a causa de su inacción abre una brecha en el desarrollo gradual de la estructura del derecho internacional".

No conviene al imperialismo yanqui renunciar siquiera en apariencia, siquiera en esta época de conmociones sociales, a su derecho de intervención armada. Lo dice el ex-funcionario del Departamento de Estado que sabe cuál es

la tradición de conquista imperialista. De modo que el idealismo del segundo Roosevelt no tiene ningún prestigio. Creer en ese idealismo, como piensan los mentecatos que debemos creer, es hacerle el juego a la dominación yanqui. Cuanta medida aparente dicte el Departamento de Estado para hacer realidad la política del "buen vecino", es medida sin base honda. Pasarán las urgencias por atraer a estos pueblos en una forma blanda y entonces el tipo de funcionario de descarado imperialismo a lo Castle tendrá desde el Departamento de Estado su puesto de mando imperioso. El testimonio de Castle no es testimonio aislado. Este yanqui representa una casta osada e inescrupulosa. Por eso vuelve a gritarle al segundo Roosevelt: "Semejante política — la política del "buen vecino"—es contraria a toda tradición americana y jamás será aceptada por el pueblo americano. Imposible ir contra el axioma de que el primer deber del Estado es la protección de sus ciudadanos. Significaría que los americanos nunca más arriesgarían sus fortunas o sus personas fuera de los Estados Unidos. Sería otro paso hacia el nacionalismo, una retirada hacia nosotros mismos que deprimiría aún más el comercio internacional, que impediría el desarrollo de países retrasados que esperan de nosotros capital y protección económica". En suma, los Estados Unidos no renunciarán, mientras sean nación imperialista, a su política intervencionistaa. Están a la cabeza de un continente nacido nada más que para servir de expansión a su inmenso dominio. El ciudadano recibe la indicación de que ese continente tiene tierras y riquezas públicas para que él emigre a conquistarlas seguro de la protección ciega e invariable que el Gobierno norteamericano le ofrece en el momento oportuno. Para esto es el Gobierto norteamericano y no para hacer renuncias estúpidas que sólo producen desconcierto en las avanzadas del imperialismo. Castle lo refiere sin estorbos en la palabra. A Castle debemos oírlo para no cansarnos de repetir que es fariseísmo aquello de la política del "buen vecino" establecida pomposamente por el segundo Roosevelt.

La orientación y estructura imperialistas no puede cambiarlas un Gobierno, ni tiene tampoco porque meterse en una empresa contraria a los designios rapaces de una plutocracia funesta. Las cosas tienen allá su curso invariable. Castle lo ha dicho y este hombre es como la voz de su nación imperialista. Habla con un convencimiento claro de que oponerse a la política tradicional del Departamento de Estado es mentir. Por esto conviene oponerlo al coro de babiecas que están creyendo que el segundo Roosevelt nos dará una especie de fraternidad no conocida hasta ahora. Castle es cínico y lanza esta afirmación horrenda. "El pueblo de los Estados Unidos insistirá en que debe ser protegido y habrá otra vez **intervención armada**". Más claro no lo canta un gallo. La escena por fuera es una, por dentro otra totalmente diferente. El imperialismo ha tomado el disfraz que el segundo Roosevelt le ha dado con el nombre de política del "buen vecino". Pero con las propias palabras del yanqui imperialista tenemos que combatirlo. Las renuncias de hoy son cosa aparente, para evitar posiblemente catástrofes de orden social, para adormilar más a estos pueblos quizá. En el fondo está viva e invencible la monstruosa fuerza imperialista. Los hombres la sirven, son sus ejecutores nada más. No pueden ellos hacer otra cosa que servirla con obediencia. Pero estos pueblos, que son víctimas de la conquista, tienen que defenderse y la mejor defensa es no creer en el fariseísmo de hoy. Vean por dentro la escena imperialista y escuchen entre muchas la voz de un Castle que denuncia, que vaticina la vuelta a todos los atropellos que en apariencia ha alejado este infantil segundo Roosevelt.

Juan del Camino

Costa Rica y junio de 1934.

Carmen Conde, contadora de la infancia

Por GABRIELA MISTRAL

= Prólogo del libro Jubilos, de *Carmen Conde*.—Ediciones «Sudeste».—Cartagena (Murcia), España =

Me conocí a mi Carmen Conde hace dos años. Su librito de poemas "Brocal" me había seguido por medio mundo y al fin me **alcanzó** en la costa ligure.

Empecé a hojearlo con un gran recelo: aquello eran poemas en prosa, y el género, que yo también cultivé, se me había vuelto muy sospechoso. Generalmente lo cultivamos las mujeres por pereza de construir la poesía en verso, lo cual es la norma racional. Por lo regular se da a ello un grupo de almas que fluctúan entre lo poético y lo prosaico, como un pez entre aguas delgadas y gruesas, incapaces, sin atletas ni branquias fuertes, para navegar en la zona poética pura, y a la vez sin la capacidad suficiente para hacer la buena prosa, que es también ardua. Género para laxos y para mixtos.

Pero... en estas cosas de las generalizaciones, salta siempre una mano a taparnos con su rectificación la boca envalentonada de **razones**, y a sujetarnos la sentencia con el caso individual. Esta vez el golpe de mano refrenador fué el de Carmen Conde y sus poemas de "Brocal". Eran excelentes, daban la seguridad de un temperamento poético de primera agua y dejaban esperando lo que seguiría.

Me quedé en esta espera, y no me ha fallado. Después de rodar por Europa y América, tropezándome en la última con mi "enemigo" el poema en prosa malo, apenas llego a España me cae al regazo, cual paloma que ya conoce su alvéolo, este segundo libro de Carmen Conde.

Me lo trae su dueña y me lo lee ella misma, gracia que pocas veces me tengo.

Carmen Conde es una mujer muy joven para el gusto literario seguro que ya le ha amanecido. Tiene veintiséis años, pero representa más, lo cual dice que le ha tocado vivir vida dura; o puede decir también lo que me repite con frecuencia Palma Guillén, la mexicana, defendiéndome la cara acabada del francés y haciéndome mofa de la cara de manzana californiana del yanqui: "El alma envejece el cuerpo de usarlo demasiado, Gabriela; y las lozanías excesivas pueden ser pura vacancia del alma en el cuerpo".

Carmen Conde me trae su propia visita, el bulto de su libro, y... la presencia, que planea sobre nosotros, de su hijo que viene. Como en una balada, el niño llega a este mundo duro envuelto en la primera faja de unos poemas sobre la infancia. Un gracioso diría que se trae su libro bajo el brazo. Es mejor que eso; ha trabajado a la madre a lo largo de sus meses de linda hospedería, y la ha hecho retrotraer su infancia a fin de que lo sienta y lo entienda mejor cuando él asome. Bonito taladro de recuerdo este escondido del niño, haciendo a Carmen Conde rejugar sus juegos y rebrincar sus brincos infantiles.

Carmen Conde está casada con un poeta, Antonio Oliver Belmás. Ambos han creado en la Cartagena levantina la Universidad Popular, y trabajan en ella con una doble pasión de maestros y poetas. Este casamiento de pedagogía y poesía que los profesionales suelen no aceptar ni tener por válido, yo sé que es de las mejorcitas alianzas y de las más serviciales. La Poesía significa, entre otras cosas, un sostenido nivel azuzado de pasión, y la Pedagogía padece de una tal sequía, de unos tales peladeros de aridez que atravesándolos las pobrecitas

criaturas echan de menos, de día a día, el agua de vida, la buena agua que nutre jugando, puerileando; el agua que si da los sulfatos, hace también las nubes.

La pedagogía de llanura de silex o de gredas secas que es la común, realiza algo más que entristecer ánimas; las embastece, las resquebraja... y las mata. Ya son dos, Unamuno y Papini, entre la gente latina, los que se le han ido encima a la Pedagogía, a decirle que está haciendo cosas muy malas... o ninguna.

Carmen Conde, naturalmente, no ha pasado por Normales ni por Institutos. Alguno diría que por eso ha salvado sus sentidos sin estropeo, limpios y suyos; que por eso sabe ver al mirar y entender al oír. Sería casi cierto: la virginidad constante de los sentidos denuncia en ella a una persona a la cual no intervinieron las pedagogías con su disciplina (ordenación en el vacío) y con su Tierra alentadora reemplazada por el mapa sin resuello.

El libro se llama, con nombre de toda donosura, **Júbilos,** y aunque se trae por allí muchas punzadas de aflicción, se resuelve en criatura gozosa. Ver bien, oír bien, y palpar bien, son júbilos. En el subtítulo se llama "Poemas de Niños, Rosas, Animales, Máquinas y Vientos" y la letanía grata de temas promete fiestas que cumplirá cabalmente.

Hay un repertorio de niños, de clientes de banco escolar que no están empalados sobre el banco, según el uso. Están allí, en la penitencia de la escuela, pero también andan sueltos, viviendo a la buena de Dios, que es, en tierras levantinas, algo mejor que una "óptima de Dios". Las estampas mejores son, para mi gusto, **Gloria Hernández, María Vega, Freja, Javiva, La hebrea muerta.** Los nombres exóticos no corresponden a extranjerías compuestas a lo Pierre Loti. **Freja** y **Javiva** son niñas marroquíes-españolas, con las cuales Carmen jugó de niña en su infancia de Melilla.

Carmen Conde se ha puesto a un recuento de imágenes de su infancia, de las no anegadas, y prueba ser buena recordadora y narradora deliciosa. Entre la memoria y la escritura no se le entromete, generalmente, la retórica.

Le quiero y le celebro mucho la ternura en el recordar. Las quiso a las chiquillas melillenses de sus encuentros de escuela, de calle y de huertas, y las trata con dulzura, como a la mejor carne del corazón, que son las compañeras de la infancia.

Pero lo excelente no es tanto que las quiera como que las sepa decir tan magistralmente en unas estampas rápidas en las que no sobra nada. Maestra en este arte de pergeñar niños con cariño y con sabiduría por igual, yo no le conozco. Ella se ha entregado a un instinto que posee, medio pictórico, medio lírico; a una naturaleza muy feliz que aquí le conocemos, de imaginera y contadora. La artista en este reino aparece consumada. Se leen de un tirón las semblanzas y se le pedirían más: otras moras, otras judías, otros niños del Cabo de Palos!... Se han puesto a vivir para nosotros, fueron silbados del silbo de ella estos muchachos, y acudieron, y casi les pongo asiento en mi cuarto para que se queden conmigo...

Necesitamos, sin embargo, precisar que esta pergeñadora de chicos no los hace según las modas de ahora, en jugarretas decorativas. La Carmen Conde de veintiséis años se nos presenta como mujer muy vivida, muy grávida de experiencia. Españolísima en este aspecto, nos trae en seguida a la lengua el adjetivo que más estimamos en un elogio: el de humana. Están preñadas de humanidad sus estampas, y nos ponen en el dedo calor, y no sólo la tiza o los carbones de dibujante ingenioso.

Vivacidad, dulzura y alacridad a un tiempo, hay en estas que no querríamos llamar siluetas, porque como los dibujos japoneses, son criaturas de veras.

Salto de esta sección de la que de buenas ganas no me saldría, pues apenas la he dicho, a los **Insomnios.**

Alguien que no recuerdo, dice que "la infancia, al revés de lo que se declara, carga con tantas angustias, miedos, terrores, esclavitudes, que sería entre las edades la peor y la que él no querría revivir". Yo creo que tiene su poquito de razón, pero no voy tan lejos como él. Se prueban en la infancia, con la carnecita de ciruela y la imaginación desatentada, los espantos más grandes junto con las dichas más dichas.

Carmen Conde, en esta parte de su libro me devuelve unas noches mías, redivivas; unas noches de terrores de las que me había olvidado.

Son admirables, son estupendos estos **Insomnios;** quien los sabe dar así como los tuvo, es una gran veraz y un escritor de niños el mejor entre los que tengamos. Quien devuelve aquellas sensaciones que los demás tenemos tan soterradas y tan ensordecidas, con esa frescura de **recién** de esta semana, posee una memoria que Dios le guarde y posee un arte que Dios le haga prosperar en nuestras tierras.

Noches de niños maravillosos y maravillados. La imaginación **tout court,** la grande y la chica, metiendo adentro de la palabra desde Shakespeare el amigo, al Dante el abuelo, no cuenta con tropelío de formas, con realidades y absurdos trenzados, con mitologías más embriagantes, que las que ellos se conocen allá por los cinco y los diez años.

Carmen Conde ha destapado una fuente que teníamos cegada, ésta de los sueños de la infancia. Prospera mucho, demasiado, la otra fuente de Freud, la de los sueños adultos, sucia, caliente y fea. El derrotero de Carmen, que lo aproveche alguno: es magnífico y le dará mina y mina si lo sigue.

Le gusta a Carmen el Viento. Le gustó de niña, le gustará siempre. Es el Espíritu Santo de la tierra, mejor que el Fuego; pero eso lo sabemos y lo decimos los adultos. Los niños saben que es el niño grande de este mundo, el tarambana que puede más, el burlón peor, el que les desenseña lo que enseñan en la escuela; el que los larga, calle arriba o playa adentro, a hacer lo suyo, que es lo mismo que lo de él.

El Viento de la Escuela lo hallamos el primero; el de **Las Casas Vacías** nos recuerda, sin imitación, la historia de Andersen y todos cumplen en nosotros, lectores, la misma operación que los **Insomnios,** de despeñarnos la memoria en los faldeos de la infancia.

Creo yo que no hay regalo que se le pueda agradecer más a un escritor que este regalo de hacernos un desgarrón impetuoso en lo velado que guardábamos y reencontrar un mundo, perdido pulpa adentro de la memoria.

Había que seguir enumerando, repasando y regustando poema a poema. Muchos lectores escarmenarán y escogerán mejor que yo, aquellos en los que la infancia es más volumen; es decir: los hombres más ricos. Porque una infancia vasta o enteca es la que nos vuelve ricos o pobres para toda la vida.

El libro es mejor **sobre** niños que **para** niños, aunque su lectura va derechita a ellos, que la gozarán entendiéndola. Este **sobre** preferido al **para,** está muy bien. Cuando hacemos cosas **para** ellos (y yo soy reo de este pecado) con voluntad deliberada, los resultados son malísimos.

Novedades de lengua, se encuentran varias. Esta instintiva, es dueña del idioma y hace con él lo que quiere.

Sus sentidos se las dirán, selectos y agudos, y en el lenguaje de la Carmen de cuarenta años, hallaremos crecidas y multiplicadas las bonitas invenciones y los pulcros atrevimientos que van aquí, en el libro treintañero.

La metáfora se la alabamos en muchas partes como punzón descubridor de tesoros, y le saludamos la fantasía, reina y señora, sin la cual nadie es nada en este negocio de escribir.

Pero sobre ellas, o adentro de ellas, le alabamos las sensaciones perfectas; las de la noche, las del silencio o del miedo; las de aguas marinas o fluviales; de aire y de tantas cosas. Gran captadora, muy mujer; es decir: una piel delgada y leal que recibe y que responde.

¡Qué bien se mueve una mujer en su reino! Reino quiere decir aquí montón de niños y memorias de infancia, ambas cosas divinamente servidas en estos poemas.

Se me ocurre a veces que sí es cierto lo que han dicho de nosotras las mujeres, con ánimo de ofendernos y sin ofendernos; que somos niños.

Puede ser; sólo que unos niños vueltos más conscientes que los otros; unos niños padecidos y más alertas, que tendríamos en este mundo cierto encargo que no se ha dicho, o por lo menos precisado.

Nosotras, Carmen, estaríamos destinadas—y subraye fuerte el **destinadas** porque sería un destino pleno—a conservar, a celar y a doblar la infancia de los hombres. Las corrientes de frescura y de ingenuidad que arrancan de la infancia en ellos, y que después, muy pronto, se encenegan, se paran o se secan en su entraña.

Setiembre 1933. Madrid

FUNCION ESTIMULANTE

Elogio de las minorías

= De *La Vanguardia*, Barcelona, España.—*Envío del autor*. =

Siendo yo, por naturaleza, minoría en las minorías y protestante de los protestantes, quisiera elogiar a las pequeñas minorías, hoy excéntricas e impracticables, que existen por esos mundos de Dios.

En días de elección, cuando los "partidos mayores" obtienen votaciones formidables es bueno oír que hay minorías midables en bueno oír que hay minorías que consiguen no más que votaciones ridículas. Los nombres de los grandes partidos: Derecha e Izquierda, significan que el uno depende del otro; no se conciben más que como en oposición. Derecha no tiene lugar sin izquierda y los que están a la izquierda por fuerza han de tener una derecha. Dudo que la ideología de ambas mayorías contenga más que contradicción de tácticas y de personas.

En cambio, los escasos votantes de las minorías, que votan seguros de perder, no votan contra nada, votan por algo. Necesariamente han de percibir que sus poquísimos votos serán un arañazo que no perjudicará ni a los de la izquierda ni a los de la derecha... Y, sin embargo, votan.

La función de las minorías es enormemente estimulante. Son como el sonido de una campana en medio del desbarajuste electoral. Para los despiertos y conscientes son un fermento y una esperanza. Para los que gobiernan, atropelladamente y sin principios, son un peligro. Aquellas minorías se pueden convertir en mayorías. Demuestran que cabe otra cosa: que no ha de ser la derecha o la izquierda, sin remedio.

Las minorías, libres de responsabilidad, con el ocio y las facilidades que les permiten el hecho de no participar en el gobierno, tienen generalmente un programa doctrinario, casi científico del Estado, tal como ellos lo sueñan, que contrasta con la manera oportunista de los que gobiernan o esperan gobernar.

Poco a poco, la vaciedad de los partidos de mayoría, "los partidos mayores", hace más tolerable la usurpación del Poder por las minorías. Un escándalo, la simple fatiga de gentes ya usadas por los "negocios públicos", distraen al pueblo de su fanatismo mayoritario y le preparan a aceptar como posibles y aun preferibles los nuevos principios de los iluminados de una minoría. Por lo menos sus hombres son mejores, más puros, más jóvenes, más entusiastas. En el Poder detemperará su doctrina, que algo diluída será la ideología del nuevo Estado.

Hay minorías que son puras extravagancias y éstas no tienen más función que la de provocar reacciones saludables con sus estridencias. Pero otras se ajustan a una realidad del porvenir que sólo se percibe con el instinto que procura el verdadero entusiasmo. Y el tiempo corre más deprisa de lo que creen los que gobiernan. Es su eterno error...

Tenemos de esto un ejemplo en Cataluña que es conveniente recordar, para espanto de las mayorías y estímulo de las minorías. Hace cuarenta años los catalanistas éramos una minoría. Nos reuníamos en un pisito de la Rambla—local de la "Lliga de Catalunya"—esquina de la Puertaferrisa. El Círculo Conservador y el Círculo Liberal, las mayorías de entonces, disponiendo de todos los organismos de gobierno, manejaban a su antojo el país catalán.

Nadie hubiera podido sospechar que aquellas dos docenas de hombres de apariencia pacífica, reunidos cada noche en el pisito de la Rambla acabarían por derribar un régimen legalmente establecido. Se había tratado de justificar la dominación de liberales y conservadores con una media-filosofía: la de los partidos turnantes. No sólo era un régimen nacional—con raíces en Madrid, — sino que por el resto de Europa también se creía en lo que se llamaba equilibrio de partidos. Cuando uno se gastaba en el Poder, el otro, robustecido con la adhesión de los descontentos, empuñaba con nuevo vigor el timón de la nave del Estado. Los desafectos y desertores de este, pasarían a la oposición y a los dos o tres años sería necesario reintegrar al Poder los anteriores.

Parecía lógico infundir idealidad nueva a los partidos turnantes: un espectador desinteresado hubiera creído que era el camino más rápido y el más moderno de regenerar a Cataluña. Esto es lo que proponía Mañé y Flaquer, quien murió esperando ver al catalanismo entrar como elemento agitador, catalítico, en los partidos políticos turnantes. Y, sin embargo, aquellos pocos, pero buenos, del pisito de la "Lliga de Catalunya" prefirieron mantenerse separados en minoría.

La primera vez que se lanzaron a una aventura electoral fué con motivo de presentar como diputado a don Juan Permanyer por el distrito de Vilafranca. Perdimos, como ya esperábamos; supongo que conseguimos sólo los tres mil votos de una decente minoría. Al regresar a Barcelona en el último tren de Vilafranca, uno de nosotros, Casas Carbó, lanzó la frase que le ha hecho célebre:

"—¡Ahora, mejor que nunca!" Se comentó entonces como prueba de su incurable optimismo; hoy podemos comprender que encerraba una profunda sabiduría. Nuestra derrota aumentaría nuestra fuerza, creceríamos en cantidad y nos depuraríamos en calidad.

—¿Por qué? Porque nos habían derrotado gentes que a todas luces valían menos que nosotros. Nuestro ideal martirizado procrearía con fecundidad prodigiosa, nuestra derrota haría cavilar a las gentes más que si hubiéramos triunfado; los indiferentes se pararían a considerar el daño que podría provenir de tamaña injusticia. Era evidente que Permanyer valía más que el diputado cunero de la mayoría... pero lo más importante era que no habíamos ido a Vilafranca por Permanyer, sino por una causa que creíamos sagrada y que se llamaba entonces catalanismo.

—¿Causa?... ¿Sagrada?... ¿Catalanismo?... ¿Qué quería decir todo esto? Inútil es tratarlo de averiguar ahora. Pero era algo muy distinto de lo que eran los partidos de mayoría. Contenía sobre todo algo que aquellos no tenían: el santo entusiasmo, lo único que en definitiva cambia la faz de la tierra. Habían triunfado en Vilafranca los que representaban un régimen anacrónico, caduco, corrompido... Peor aun: vacío, enteramente falto de programa y de ideología estatal.

Nosotros teníamos unas Bases de Constitución (Bases de Manresa) y habíamos tratado de codificar un Derecho civil. Se hablaba, en nuestro grupo de minoría, de la organización futura de Cataluña con más seguridad y aplomo que hablaban del presente los que se veían seguros por formidables organizaciones de círculos y listas electorales.

Nuestras Bases de Constitución y nuestro Código civil eran, debían de ser forzosamente, impracticables, pero el espíritu que nos movía a hacerlos era más práctico, más eficaz que los prudentes métodos de sensata adaptación a la realidad que nos proponía Mañé y Flaquer.

—¡Realidad!...—¿Qué es realidad, en el reino del espíritu?

Se me dirá que mi intervención en este caso puede ser perjudicial para el bien público, pues que animo o pretendo animar a disidentes y estrafalarios que no pueden compararse con los catalanistas de treinta y cinco años atrás. Ellos, los catalanistas, arrancaban su fuerza de un hecho positivo—la diferenciación del país catalán—; estaban saturados de historia, encontraban el fundamento de su programa en tradiciones seculares que los partidos de mayoría creían muertas y enterradas definitivamente.

Las minorías de hoy, sin embargo, están saturadas de futuro—de historia por venir—arrancan su fuerza de un hecho positivo, la diferenciación de la sociedad moderna de la pasada—consecuencia de los inventos científicos—, no tienen tradiciones de dinastas y parlamentos, pero fundan su programa en deseos de universalidad y humanidad que acaso son más activos que los que nos agitaban en el pisito de la Rambla, esquina a la Puertaferrisa.

José Pijoán

La otra balada de la piedra

= *Colaboración.* León de Nicaragua. =

Para *Merceditas Viaud Rochac, Emma Posada, Marta Alegría, Salvador Bahtichananda, Chencho Castellanos, José Quinteño* y todos mis demás hermanitos cactus.

Serás, le dije a mi alma,
una piedra muy piedra,
superlativamente,
sin nada de no piedra,
resaturadamente.

Serás indeclinable
piedra, bajo los siete
sellos de Soleimán.
Nube de movimientos
inútiles, dispersos,
sin qué, ni para qué,
nube que te entusiasmas,
en todas las arengas retóricas del viento.

Ola que andas creyendo,
en propagandas, gritos,
énfasis y penachos,
ilustre ciudadana de Méjico y de Rusia,
vulgar mariblanquista
de huecos melodramas.

Qué necias son las olas.
Qué tontas son las nubes.

Mariposa de bailes
antiguos y modernos,
pájaros de las idas, pájaros de las vueltas,
cabra de los trapecios,
ardilla sube y baja,
ciervo de los perdidos pasos y tú también
árbol de las cantadas
hojas do-mi-re-la...
Vosotros los juguetes del niño movimiento,
títeres, en las cuerdas bailables de la vida.

Y tú hombre que tienes
pies para andar con ellos,
pies para andar con ellos
pies para andar con ellos!,
andante, peregrino,
vago, romero, mide
tierras, adelantado!,
sin lugar permanente, como dice San Pablo,
hermosos son tus pies, sí, tus pies delanteros,
cuando bese la tierra,
a lo largo, tendida,
la piedra de tu cuerpo,
de tu cuerpo presente.

Yo piedra, soy la sabia,
la reina, la maestra,
de las filosofías
serenas y profundas,
tranquilas y perfectas.

Soy el agua sin olas,
soy el cielo sin nubes,
soy la tierra desnuda,
el divino silencio
de la serenidad.

Blanca Nieve yo soy,
se mira, en mis espejos,
desnuda siete veces,
el alma de las cosas.

El que cree en Mí, decía
la Verdad Verdadera,
que es semejante a un hombre
que edifica su casa,
sobre la firme piedra.

A. H. Pallais
Presbítero.

En Brujas de Flandes a siete días del mes de enero de 1934.

Bibliografía Hispanoamericana 1933

Por ARTURO TORRES RIOSECO

= *Envío del autor.* University of California. Berkeley, Calif. =

(*Concluye.*—Véase la entrega anterior.)

Las tablas de la conquista de México. Cuadernos mexicanos de la Embajada de México en Madrid. 1933. s. p.

Reproducción de las tablas de Miguel González referentes a la conquista de México; colecciones del Museo arqueológico nacional de Madrid y de la casa de los antiguos duques de Moctezuma de Tultengo. Hermosa edición de gran valor artístico e histórico, hecha por D. Genaro Estrada.

Manuscritos sobre México en la Biblioteca Nacional de Madrid. Cuadernos mexicanos de la Embajada de México en España. 1933. 277 págs.

Este catálogo es sólo una parte del Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, preparado por D. Julián Paz. D. Genaro Estrada lo publica para conocimiento y uso de los estudiosos de la historia mexicana. Además de las obras famosas referentes a Mexico ya publicadas, figuran muchos manuscritos inéditos. De gran utilidad.

MARI YAN: ***El abrazo de la tierra.*** Imprenta universitaria, Santiago, 1933. 230 págs.

Primer libro de una dama chilena. Novela de la vida del campo. Tiene todos los defectos de las primicias literarias, pero revela un fino espíritu de observación.

MELFI, DOMINGO: ***Sin brújula.*** Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, s. a. 124 págs.

Es este un estudio sereno y profundo de los estados psicológicos porque ha atravesado el pueblo de Chile en los últimos años de anarquía republicana. Analiza Melfi los aspectos de la crisis moral chilena y los aspectos lejanos del desastre. Obra de atisbos y tanteos más que de documentación y escrita en estilo claro, conciso, directo. Indispensable para el sociólogo y el historiador que se preocupen de cosas chilenas. De verdadero mérito.

MONTENEGRO, ERNESTO: ***El hombre que corrompió a Hadleyburgo*** y otros cuentos norteamericanos. Prólogo, traducción y notas críticas de Ernesto Montenegro. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1933. 277 págs.

Excelentes traducciones de Mark Twain, A. Bierce, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, Ring Lardner, Thyra S. Winslow y E. Hemingway. En el prólogo del libro Montenegro se revela seguro conocedor de la literatera norteamericana. La traducción es siempre correcta, elegante y fiel al estilo de cada autor. Recomendable.

MONTENEGRO, ERNESTO: ***Cuentos de mi tío Ventura.*** Colección de autores chilenos de la Empresa «Letras», Santiago de Chile, 1933. 122 págs.

Cuentos populares de intenso gusto nacional. El autor emplea el lenguaje típicamente chileno para relatar milagros, sucedidos y brujerías, en un tono picaresco y jovial. Por la socarronería criolla, por la proporción justa entre el tema y el estilo y por la sinceridad, estos cuentos figuran entre lo mejor que se ha hecho en América.

MUÑOZ COTA, JOSÉ: ***Romance tallado en alba.*** Poemas. Imprenta mundial, México, 1933. 68 págs.

Poemas muy modernos escritos en forma de romance. Se reconoce en ellos la influencia de Torres Bodet, Salvador Novo y poetas españoles modernos. Con todo, obra de excelente poeta.

NERUDA, PABLO: ***El hondero entusiasta.*** Poemas. Cuadernos de Poesía de la Empresa «Letras», Santiago de Chile, 1933. 34 págs.

Poemas antiguos (1924) del autor de ***Residencia en la tierra.*** Fuerte sensualidad, vigor en la expresión, depurado gusto poético, Es manifiesta en estos poemas la influencia de Walt Whitman. Pablo Neruda es el mejor poeta joven de Chile.

NERUDA, PABLO: ***Residencia en la tierra.*** Nascimento, Santiago de Chile, 1933.

Edición de lujo de cien ejemplares. Obra de intensa sensibilidad y laberíntica expresión. Creemos que este poeta ha malgastado su tiempo y su talento en imposibles sutilezas y efectismos barrocos. La poesía chilena se enriquece y adquiere variedad con obras de esta clase. Util para el estudio de la poesía novísima.

NOVO, SALVADOR: ***Nuevo Amor.*** Poemas. México, Imprenta mundial, 1933 28págs.

Poemas de corte muy moderno, ricos en metáforas e insospechables sorpresas estéticas. Los dos romances del libro son sencillamente perfectos. Novo es uno de los mejores poetas jóvenes de lengua castellana.

NOVO SALVADOR: ***Espejo,*** poemas antiguos. México, 1933. 43 págs.

Hermosos poemas en que campea una sana ironía y una gran indiferencia por las reglas poéticas. Novo, aunque no pertenece a

ninguna escuela, es poeta modernísimo. Toda su filosofía está concretada en esta estrofa:

Pero si tengo un hijo
haré que nadie nunca le enseñe nada.
Quiero que sea tan perezoso y feliz
como a mí no me dejaron mis padres,
ni a mis padres mis abuelos,
ni a mis abuelos, Dios.

PICÓN SALAS, MARIANO; FELIU CRUZ, GUILLERMO: *Imágenes de Chile.* Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1933. 332 págs.

Lecturas selectas que describen la vida chilena de los siglos XVIII y XIX, con una bibliografía de viajeros y notas para el conocimiento de la vida chilena e hispanoamericana en esos siglos. Utilísimo texto de lectura preparado por dos jóvenes eruditos chilenos. Indispensable para quienes se preocupen de la cultura en Chile.

PINO SAAVEDRA, Y.: *La poesía de Julio Herrera y Reissig.* Prensas de la Universidad de Chile. Santiago 1932. 148 págs.

Este libro apareció en 1933. Es un estudio crítico muy bien documentado en que se estudian los temas y el estilo del gran poeta uruguayo. Al analizar la poesía de Herrera, el Dr. Pino establece relaciones con ciertos poetas afines—Lugones, Darío—y con algunos simbolistas franceses. La metodología usada es de procedencia alemana, especialmente en lo que se refiere a los elementos estructurales y al epíteto. Estudio de carácter definitivo, indispensable al especialista en literatura hispanoamericana.

RAMOS, JOSÉ ANTONIO: *En las manos de Dios.* Drama en un prólogo y dos actos. Ediciones Botas, México, 1933. 130 págs.

Drama de pasiones y voluntades, escrito de acuerdo con una técnica pirandeliana. El único personaje real de la obra es el doctor Prometeo y los demás, meras creaciones de su subconsciente. Con todo, sería posible presentar caracteres reales y ensayar una representación de esta obra. Ramos es un dramaturgo y novelista cubano que ha vivido varios años en los Estados Unidos.

RATCLIFF, DILLWYN: *Venezuelan Prose Fiction.* Instituto de las Españas, New York, 1933. 286 págs.

Estudio bien documentado de la novela y el cuento en Venezuela, desde el romanticismo hasta la época contemporánea. Se estudia en especial a Pocaterra, Blanco Fombona y Teresa de la Parra. El estilo no está a la altura de la paciencia investigadora. Obra indispensable para el especialista en literatura hispanoamericana.

REYES, ALFONSO: *Romances del Río de Enero.* A. A. M. Stols. Maestricht, Holanda, 1933. 37 págs.

Hermosa edición de diez romances del gran literato mexicano. Poesía de recia arquitectura hispánica, muy antigua y muy moderna; finura de conceptos, pureza de imágenes, sutileza. Uno de los mejores libros del año en la América española.

RICHARDSON, RUTH: *Florencio Sánchez and the Argentine Theatre.* Instituto de las Españas, New York, 1933. 243 páginas.

Es un estudio bien documentado y bien escrito. Hay un rápido análisis del teatro argentino; una breve biografía de Sánchez y un comentario minucioso de cada uno de sus dramas. La bibliografía es bastante completa. Este trabajo fué preparado bajo la dirección de Federico de Onís. Recomendable.

RODRÍGUEZ MENDOZA, EMILIO: *América bárbara.* Ediciones Ercilla, Santiago, 1933.

América bárbara es la América de los caudillos, Rosas, Melgarejo, Francia, García Moreno. Rodríguez Mendoza penetra en este campo con un estilo sincero y fuerte, de novelista e historiador. Este libro no puede faltar en la biblioteca de ningún americanista.

RUIZ ESPARZA, JUAN MANUEL: Biografía impersonal. Editorial «Cultura», México, 1933. 33 págs.

Es una especie de biografía abstracta, mirada desde un punto distante. El autor se aprovecha de ciertas ideas como punto de partida para amontonar imágenes, frases, palabras... muchas palabras. Trata de ocultar el sentido de su expresión, pero no logra engañar a nadie: debajo de las palabras queda muy poco, y esto de mínimo interés.

SANCHO, MARIO: *Viajes y lecturas.* Ipm. y fotograbado La Tribuna, San José. Costa Rica, 1933. 318 págs.

Viajes por Estados Unidos, España y México; artículos sobre Renán, Cervantes, Gómez Carrillo; capítulos sobre asuntos norteamericanos trazados por este escritor costarricense que ha pasado varios años estudiendo en Boston. Libro escrito con entusiasmo. Recomendable.

SILVA CASTRO, RAÚL: *Fuentes bibliográficas para el estudio de la literatura chilena.* Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1933. 269 págs.

Estudio precedido de un prólogo; consta de cerca de 1,500 títulos; contiene solamente las fuentes nacionales. Trabajo bastante completo y de gran utilidad para el estudio de la literatura chilena. Indispensable.

SILVA CASTRO, RAÚL: *Retratos literarios.* Ediciones Ercilla, Santiago, 1932. 221 págs.

Ensayos críticos sobre Pedro A. González, J. Vicuña Cifuentes, Samuel Lillo, A. Bórquez Solar, Ernesto Guzmán, D. Dublé Urrutia, M. Magallanes Moure, C. Pezoa Véliz, J. González Bastías, Víctor Domingo Silva, Max Jara, Mariano Latorre, Pedro Prado. J. Edwards Bello, Gabriela Mistral, Manuel Rojas, González Vera, Marta Brunet y Pablo Neruda. Libro arbitrario en la selección de nombres y en las opiniones que contiene. Con todo, digno de ser leído.

SOLAR CORREA, E.: *Semblanzas literarias de la Colonia.* Editorial Nascimento, Santiago, 1933. 320 págs.

Hay en este libro seis ensayos sobre los siguientes escritores coloniales chilenos: Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Miguel de Olivares, Felipe Gómez de Vidaurre. La obra está escrita en un estilo claro y castizo; los juicios críticos, exactos, la documentación abundante. Solar Correa es un joven erudito chileno, autor de varios libros sobre idioma e historia literaria. Indispensable.

UGARTE, MANUEL: *El dolor de escribir.* (Confidencias y recuerdos). C. I. A. P. Madrid, Barcelona, Buenos Aires, 1933. 250 págs.

Libro bien pensado y mejor escrito del infatigable propagandista argentino. Sobre él pesan injusticias y tristezas y la suave gracia de su forma no alcanza a ocultarnos el dolor. Recomendable.

VERA, MARIA LUISA: *Arcilla.* Poemas. Imprenta Mundial, México, 1933. 38 págs.

El lirismo de esta escritora ofrece una gran similitud con el de José Muñoz Cota, similitud de temas y modos poéticos. Se observa en estos versos una fina sensibilidad y buen gusto. María Luisa Vera se aparta del trillado romanticismo de las escritoras americanas.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: {El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

RINCON DE LOS NIÑOS
(LECTURAS)

Poemas de niños

= Del libro *JUBILOS*, de *Carmen Conde*.—Poemas de Niños, Rosas, Animales, Máquinas y Vientos.—Prólogo de *Gabriela Mistral*.—Dibujos de *Norah Borges de Torre*.—Ediciones «Sudeste».—Cartagena, Murcia, España. =

MARIA VEGA

Tú has venido andando por el mar. Trajiste en las manos la mazorca dorada de setiembre, como una antorcha.

María. Donde menos te siento es a mi lado. Cuando estás lejos de mí, te creo más cerca. Digo, con inquietud, ¿María?, y abres tu risa clara.

Sé que has venido por el mar. Tienes enredados en los cabellos cinco luceros blancos que juegan al corro en tu frente.

GLORIA HERNANDEZ

Un ala de niebla bate el cielo ancho de las terrazas. ¡Qué cerca está lo negro, de nosotros!

Siento tu latido de miedo, en mi latido. ¿Por qué temes, si soy yo más clara que la niebla y puedes caminar por mi transparencia?

¿Por qué temes, si somos de cielo y aunque todo esté oscuro yo soy alta y firme para ti?

NIÑAS MORAS:

FREJA

Se me quedaba la niña mirando a la frente, y toda yo olía a yerbabuena.

—Me llamo Freja.

—Y yo, Carmen.

Levantada el acta de nuestra amistad, le dí mis libros y ella me enseñó sus collares de medallitas con palabras árabes que exaltaban la gracia de Dios. Toda aquella primera mañana de amistad, fraternicé con el olor de la miel amasada con huevo; porque Freja llevaba sus cabellos recogidos e impregnados en aquel extraño compuesto que los dejaría, luego, brillantes y suaves.



Amelia

Dibujo de *J. M. Sánchez*

Freja era más pequeña que yo, y no sabía leer. Sonreía mostrando sus dientes maravillosos que parecían granos de la hermosa fruta que yo adoraba en mi infancia: de la granada; tan iguales eran y tan bien colocados estaban en sus encías!

Cantaba con vocecilla de vino dulce, una canción que nunca olvidaré. En los espejos de su madre—alta y sonámbula, rodeada del humo de sus perfumes quemados,—ascendía la música en columna.

LA HEBREA MUERTA

Freja lo sabía todo por Ambar, su criado negro, y me dijo que se había muerto una muchacha hebrea, casas más arriba de la nuestra.

Fuí a verla cuando salí del colegio. Me asomé por la ventana, abierta, que daba a a calle inundada de sol.

Estaba dentro de las ropas de su cama, con un brazo sobre la colcha, la cabeza levemente despeinada y los ojos tan cerrados y tranquilos, que el sueño no los tendría mejor. En una mesita cercana, alguien puso flores blancas y azules.

Cuando volví a mi cuarto me tendí en el lecho para fingirme muerta. Ante la sorpresa de Freja, alargué los brazos, escondí el color de mis mejillas y me dí a pensar en lo qué diría mi madre después de morir yo. Tánto me conmovió su pena, que lloré sin abrir los ojos con una dulce congoja llena de amor hacia ella. Hasta dormirme.

JAVIVA

Cercanos al pozo, más que pasos rotundos, levísimos sonidos. Así son mis recuerdos. El Atlas, en frente, sobre toda la infancia. Remotos riachuelos salpicaban de fuego las arenas.

Moros inmensos. Moras tristes y resignadas, Morillos desnuditos, con las espaldas hundidas por latigazos sombríos. Una niña delgada, esbelto junco imprevisto: Javiva.

(En la distancia, la invencible duda ortografica: ¿Javiva?)

Javiva en el río, en el pozo, con las uñas pintadas y unos puntos azules—estrellas—en el rostro; delicado tatuaje en la frente dorada, en la barbilla, en el pecho tierno vertiéndose hacia la albura del vientrecillo.

La morita era fina cual el agua rizada del viento. Corría yo junto a ella encantada de oír la greguería de sus collares de oro, de sus sartas de monedas, de sus ajorcas talladas. En un hoyo de arena hirviente, mis manos y las de Javiva unieron los destinos del mundo: manos pintadas, tatuadas, de futura esclava del amor obligado; manos claras, libres, de gesto seguro y amplio.

La invitación de subir a casa de Javiva llegó inesperada. Tuve miedo; un miedo insuperable de Historia Sagrada, de Historia de España! Moras negras, envueltas en sus nombres de romancero arábigo-andaluz, hablaban un español oscuro que Javiva me ponía en limpio, sonriendo.

El aire de la habitación ardía en mi frente. Los espejos devolvían la música de azúcar y yerbabuena. En la calle gritaban los niños moros que traían del campo grandes sacos de palmitos que cambiaban por pan.

Javiva era sonrosada, luminosa. Recóndita y desolada como un desierto. No olvidé jamás el halo de llamas en que se movía su minúscula cabeza.

Carmen Conde

Imprenta «LA TRIBUNA»